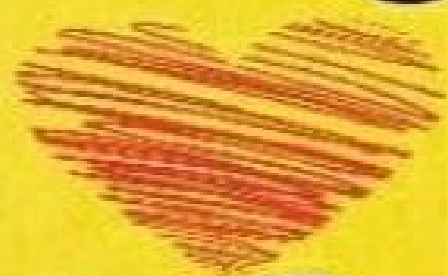


Estoy

COLADA



Por mi

Insufrible jefe



E. Belancourt

ESTOY COLADA POR MI INSUFRIBLE JEFE

ELIZABETH BETANCOURT

INDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

Antiguos filósofos cuentan que todos tenemos un alma gemela, esa mitad de la que nos hemos separado al nacer...

Alguien, en algún lugar está hecho para ti, esperando a cambiar tu realidad... Lo que hay entre dos almas gemelas no es amor, va más allá... Se trata de inmortalidad.

Sinopsis

Annelise debe abandonar su patria de inmediato.

Su vida siempre ha sido ordenada, careciente de emociones fuertes que marcan a uno. Su día a día es una rutina perfecta de acontecimientos sin sabor, pero pronto su mundo cambia, sin dejarla la opción de negarse, de elegir por su cuenta. Una desconocida que en realidad ha formado parte de su vida desde siempre, decide ayudarla dándole refugio en su granja de sandías.

Tierra Viva y España resultan un lugar apasionante para la joven, sobre todo por la presencia de un español frío, distante, autoritario y aparentemente déspota, que logra hacerla sentir viva como nadie más.

Diego es un hombre que conoce el sabor agridulce de la vida, que muchas veces es más amarga que dulce... Su naturaleza es desconfiada, su carácter fuerte y su vida ordenada. Es protector con su familia, pues conoce bien el dolor de la pérdida. Su corazón está protegido por una capa gruesa de hielo, no está dispuesto a entregarlo, aunque una mujer en particular, que le cae como una patada en las tripas, insista sin parar.

Capítulo 1

La temperatura en Copenhague invitaba a salir y montar en bici, su actividad favorita. No había nada mejor que el viento fresquillo que removía su melena de color platino haciéndola sentirse tan libre como los pájaros a los que solía observar su padre en sus ratos libres, yendo sin pereza alguna hasta De Søndermarken. Un hermoso parque que enorgullecía a los copenhaguenses.

Lo mejor de todo, paseando con su bicicleta era el poder ver a diferentes personas, cada una con su propio estilo, con gestos divertidos o preocupados que motivaban a Annelise a reflexionar sobre el mundo que la rodeaba, a preguntarse si en ese preciso momento alguien en la otra punta del planeta divagaba sobre las mismas cuestiones que ella.

Resopló por enésima vez, mirando el sol brillar desde la ventana de su habitación.

—¿Sigues así? —La voz de su madre la asustó y la joven dio un respingo, mirando por encima de su hombro para ver a su progenitora con una sonrisa nerviosa, plantada en el rellano de la puerta como una flor.

—Estoy harta de estar metida aquí. No comprendo porque hacer una buena acción me provoca tanto dolor de cabeza. ¡No debía haber dicho nada! —Respondió Annelise a su madre, volviendo su cara otra vez hacía delante, concentrándose en los niños que jugaban a la pelota en la calle. ¡Qué envidia les tenía!

—¡No puedo creer lo que me estás diciendo, jovencita! ¡Retira eso de inmediato! Tu padre y yo te enseñamos una buena educación basada en el respeto, la sinceridad y el amor. —Le echó la bronca la mujer.

Annelise se dio la vuelta otra vez, mirando a su madre con lamento. No quería decir eso, por supuesto que no lamentaba haber ayudado a la policía para que pudieran meter tras las rejas a ese hijo de puta cuyo hobby era violar a cualquier mujer que pudiera alcanzar, pero desde el momento en que juzgaron a Harald Adamsen con sentencia de diez años de prisión, su mundo había cambiado por completo.

—Mamá, no quería decir eso, es que... Esa buena acción solo me está llevando a la locura. — Se explicó Annelise, pero su progenitora seguía mirándola con ese ceño arrugado, ese brillo de decepción en sus ojos hermosos de color violeta que ella había heredado.

—No es la buena acción la que te lleva hacia la locura, más bien, el encierro, lo cual es totalmente comprensible. Tu padre y yo hemos pensado en eso y tenemos la solución. — Respondió Inga Dahl con un tono pausado, como si temiera la reacción de su hija.

—¿Solución? ¿Qué solución? —Preguntó la joven mirando con ojos abiertos como platos. Las novedades no le gustaban nada, prefería centrarse en la comodidad de una rutina y no llevarse sorpresas. A Annelise le gustaba tenerlo todo controlado y más que el encierro, lo que le provocaba horribles dolores de cabeza, era el hecho de no tener el control desde hacía ya tres meses. Para colmo, su familia se encerraba junto con ella y el estrés aumentaba por momentos.

—No te me vuelvas loca, hemos hablado con el agente Bodilsen y él cree que nuestra idea es fantástica.

—¿Por qué no me lo habéis consultado a mí? —Preguntó Annelise atónita. Su ojo derecho empezaba a parpadear haciéndola parecer un robot, cuyo hardware está estropeado. Un tic que la muchacha no podía controlar en momentos de nervios a flor de piel.

—Cielo, no creo que ahora mismo tengas la capacidad para tomar decisiones... —Empezó Inga y su hija jadeó ofendidísima.

—Déjame terminar, cielo. Verás que te gustará lo que tenemos pensado. Somos tus padres y nunca haríamos algo que no fuera beneficioso para ti y para tu vida. No hay nada más importante para un padre que el mundo de su hijo sea perfecto, si pudiéramos, probablemente la mayoría optaríamos por encerrar a nuestros pequeños en una burbuja de color rosa para que siempre estén a salvo, pero el mundo no funciona así, la realidad que nos rodea nos obliga tomar decisiones que pueden ser tristes, pero son las mejores para educar y enseñar a nuestros hijos cómo enfrentarse a las situaciones que nos depara este mundo.

—Mamá empiezas a asustarme... —Murmuró Annelise entrecerrando sus ojazos adornados por unas pestañas bien definidas.

—Has estado arropada siempre por nosotros... La niña de nuestros ojos, nuestra única hija que recibió todo nuestro amor, un cariño y apoyo que siempre tendrás, pero es hora...

—¿Me estás diciendo con palabras bonitas que me largué de casa? —Preguntó Annelise estupefacta.

—No exactamente, cielo. —Dijo Inga, mirando a su hija como si esta fuera una bomba de relojería.

—Tienes veinticinco años y nunca has estado fuera de esta ciudad, lejos de todo lo que conoces. Apenas conoces a gente y eso no es normal. Hemos pensado con tu padre, que podrías aprovechar esta situación e irte a España, donde Lucia, mi mejor amiga. Tiene una granja de sandías, su casa es hermosa y la ciudad donde vive, te robará el corazón. Será una nueva experiencia y además, estarás a salvo. Ningún Adamsen podrá encontrarte allí.

Annelise miraba a su madre, incrédula. No podía creer lo que estaba oyendo.

—Dime que estás bromeando. ¿Enserio me estás diciendo que encima que estoy encarcelada aquí, metida entre estas cuatro paredes, ahora debo alejarme de mi entorno? ¿Ir a un país que no conozco y con personas que nunca he visto en la vida?

—Oh, cielo, Lucia es encantadora. Tiene dos hijos y uno es de tu misma edad casi, son un pan de dios. Podrías tomarte esto como unas vacaciones. Además, ¿sabías que muchas de las playas de Almería son de origen volcánico y que tienen el observatorio astronómico más grande del mundo?

Annelise volteó los ojos y respondió.

—Mamá estoy segura de que es un sitio hermoso y bla, bla, bla, pero yo quiero estar en mi casa, en mi ciudad. No voy a ningún lado que os quedé claro. No pienso huir de estos matones cuando no he hecho nada malo. La policía está obligada a cuidarme como su testigo de protección que soy y no mandarme a kilómetros de distancia lejos de mi casa.

Estalló la joven y se acercó a su madre. Le sacaba tres cabezas, Inga se veía a su lado diminuta y eso que no era bajita, medía metro sesentaisiete.

—Irás. —Habló Inga Dahl, empleando ese tono que usaba tan pocas veces que se podía contar con los dedos de las manos, pero que no admitía discusiones. Su mirada era de fiera, tan iracunda que Annelise sintió que su aliento se detenía.

—Mamá... —Hizo un intento de protestar, pero fue callada en el instante y es que su dulce y cariñosa madre, cuando deseaba podía intimidar mucho.

—Eres una egoísta Annelise. —Afirmó la mujer con una voz que indicaba reproche y su hija la miró estupefacta. Parecía que pronto se iba a echar a llorar, pero la situación en la que estaban exigía decisiones radicales. Era hora de que Annelise creciera y se hiciera cargo de algunas

cosas, empezando por probar cierta independencia que sus padres le habían negado, sin darse cuenta en que ese exceso de apoyo podría dificultar el futuro a su querida hija.

—¿Por qué dices eso? —Preguntó la joven con voz trémula. Inga suspiró, dándose cuenta hasta qué punto sensible era su niña. Aquello era horrible, el mundo se la iba a comer si seguía así. Su esposo y ella nunca antes se habían planteado ese dilema, pero convivir tanto tiempo con su hija, pasar tantas horas juntos, les había hecho darse cuenta de algunas cosas.

—No te importamos. Estando aquí nos pones en peligro. El padre de Harald Adamsen fue pillado antes de ayer a unos kilómetros de nuestra residencia. ¿Coincidencia? No lo creo y el señor Bodilsen, tampoco. Es increíble que con tal de sentirte a salvo, estés de acuerdo en arriesgar la vida de tu padre y la mía. Provocarnos ese dolor de cabeza constante, ese temor insoportable de que te maten, te dañen y de paso a tu padre y a mí.

Contestó la mujer que conocía bien a su hija y sabía que podía ser de todo menos egoísta. Ese era el último “As” que se sacaba de la manga. ¡Debía alejarla de Copenhague! ¡No, debía alejarla de Dinamarca! Si para ello se veía en la obligación de tratarla con frialdad y de culparla por esa situación, Inga estaba dispuesta. ¡Más valía un hijo enfadado y triste que uno bajo tierra!

—¡Mamá, no me puedo creer lo que estoy escuchando! ¡Jamás en la vida se me ocurriría ponerlos en peligro! —Exclamó su niña mientras lloraba sin siquiera percatarse de eso.

—¡Pues no demuestras eso, Annelise! Si realmente te importará y supieras la magnitud de lo que está pasando, estarías de acuerdo en irte a Almería donde Lucia. Eso calmaría el ambiente, los Adamsen se olvidarían un poco del asunto al darse cuenta de que no estás aquí y de paso conocerías un nuevo país, nuevas personas, una nueva cultura.

Dijo Inga gritando. Annelise se quedó sin habla. Lamentaba tanto haber vivido aquel maldito lunes...

—Pero, si algún Adamsen os ataca en mi ausencia, me pesará en la conciencia el no haber estado aquí, junto a vosotros y además... ¿Qué pasará con mi trabajo? —Preguntó la joven cuando recuperó el habla.

—Su principal objetivo eres tú. A nosotros no se nos acercarán si no te ven por aquí y además, el agente Bodilsen estará protegiéndonos a pesar de tu ausencia. En cuanto a tu trabajo como profesora de guardería, siento decírtelo cielo, pero ya lo has perdido... No creo que te vuelvan a contratar. Los padres estarían en contra porque inconscientemente pensarían que sus hijos están en peligro contigo. Si te vas a España igual hasta encuentras un trabajo, no como profesora, pero bueno, hay muchas variedades de empleos, así pruebas cosas nuevas, cariño.

Annelise resopló. Estaba claro que a sus padres se les había metido la mosca en la cabeza de enviarla donde la tal Lucia. ¿Qué podía hacer? Nunca se había alejado de los suyos por mucho tiempo... Aquello iba a ser difícil, pero pensar que les ponía en peligro con su presencia allí, la animaba a tomar esa resolución tan drástica.

—Bien, pero prométeme que me llamareis todos los días, sin falta.

Dijo finalmente la joven. Su madre podía apreciar el miedo en sus ojos y se le partía el corazón, pero una madre debía hacer lo mejor para su hijo e Inga no era muchas cosas, como: Buena deportista, buena en dibujo e inclusive la cocina se le daba de pena, pero sí era una buena madre, capaz de parar la rotación de la tierra, bajar la luna y cualquier barbaridad que se le pudiera ocurrir a uno, con tal de hacer feliz a su niña.

—Lo mismo digo hija, que estés lejos no significa que perdamos el contacto. Con esos chismes tecnológicos de hoy en día ya hay gente que vive en la misma casa y no se hablan tanto de cara a cara como cuando lo hacen a través de una mini pantalla. —Contestó Inga aguantándose las

lágrimas que pugnaban por salir.

—¿Y esa Lucia? ¿No será una bruja de malas pulgas? —Preguntó Annelise que empezaba a imaginarse cosas bastante descabelladas, pero es que teniendo en cuenta que su madre llevaba años sin ver a esa amiga, podía resultar hasta una psicópata.

—¿Acaso yo enviaría a mi única hija a una pocilga con personas malas y trastornadas? —Preguntó su madre con indignación y Annelise se sonrojó.

—Por supuesto que no, mamá. Perdona, es que estoy nerviosa, nunca he estado con gente desconocida y menos viviendo bajo el mismo techo. Cuéntame más sobre ellos... Tal vez así me familiarizo y no voy con los nervios a flor de piel. —Pidió la muchacha y su madre le sonrió calurosamente antes de abrazarla y acariciar su cabello con ternura, como cuando era pequeña y tenía miedo de algo que no comprendía.

—Claro mi niña, tengo cientos de historias con Lucia. Es una mujer luchadora, de carácter, mucho más fuerte que el mío, pero tiene un corazón de oro. Es una persona que siempre está dispuesta a ayudar al prójimo, ya entenderás de lo que te hablo en cuanto la veas.

—¿Cómo os conocisteis? ¿Sabe ella que yo iré allí? ¿Qué piensa del asunto? —Preguntó Annelise con un tono que denotaba un próximo ataque de ansiedad.

—Cálmate cielo... Sí, sabe de tu llegada y está muy contenta. Vive con sus dos hijos, su esposo falleció el año pasado, así que una compañía femenina le vendrá bien. Le conté que sabes hablar perfectamente el inglés, el español y el francés, así que la comunicación no será un problema para vosotras, solo que ella es tan parlanchina que seguro no te deja en paz, habla hasta por debajo del agua. —Dijo Inga, riendo. Parecía recordar a su amiga y por cómo brillaba su mirada, divertida ante el recuerdo sobre Lucia, a la joven le pareció que habían tenido una amistad estrecha y muy fraternal en un pasado.

—Mamá, ¿cómo os conocisteis? —Preguntó Annelise, esta vez mucho más intrigada, pues resultaba extraño que alguien a quien su madre claramente apreciaba, no hubiera sido mencionado nunca en la casa. Annelise intentó recordar si alguna vez había visto a la mujer en cuestión, de cuando era niña tal vez, pero su mente no ubicaba a ninguna española de carácter fuerte y un corazón grande y lleno de amor.

—Oh, pues era un día soleado, allá por los años noventa, un año antes de que tú nacieras...

Empezó a relatar la madre, mientras la hija escuchaba atentamente.

Capítulo 2

El vuelo a pesar de ser largo, había resultado tranquilo. La mayor parte del tiempo lo había pasado leyendo libros de su escritora favorita, Jane Austen. Llevaba consigo tres de sus obras más famosas: Orgullo y prejuicio, Sentido y sensibilidad y Persuasión. Eran novelas que ella podía releer una y otra vez e imaginarse que un hombre como los protagonistas de la famosa autora, entraba en su vida, poniendo todo patas arriba con su poder masculino. Ante ese tipo de pensamientos irracionales, Annelise siempre acababa riéndose de sí misma. Era contradictorio que le encantará el control y que a su vez en sus imaginaciones más recónditas deseará en su mundo a algún Mr. Darsy que le acelerará el corazón hasta hacerla desmayar.

Para llegar hasta Almería había tenido que escoger un vuelo con escala. Primero habían aterrizado en Londres, en el aeropuerto de Stansted, donde se había pasado esperando hora y media en una cafetería un poco cara y con el café más rancio que había probado alguna vez. Afortunadamente su madre la había llamado y se habían pasado ese tiempo charlando animadamente.

Tras siete horas, finalmente sus pies pisaban el aeropuerto de Almería.

Con su maleta de color negro con un enorme lazo rosa, su enorme bolso cuyas correas constantemente se deslizaban por su hombro descubierto, Annelise suspiraba pesadamente. Deseaba darse un baño y dormir tantas horas como podía. Eso de viajar no la entusiasmaba tanto ahora que lo había probado, no era lo suyo...

Se fijó bien por todos lados viendo a cientos de personas abrazarse, llorar, reír a carcajadas, pero no había nadie esperándola con un cartel sobre el que escribiera con letras bonitas su nombre como se había imaginado.

—¿Tú eres Annelise Dahl? —Una voz masculina y proveniente por detrás de su espalda le provocó dar un respingo.

La muchacha se giró para encontrarse ante sí con un hombre de unos treinta tacos. Era bastante guapo, llevaba una barba de unos días que lo hacía parecer sexy y masculino. Él la miraba con una sonrisa perlada que sentaba bien a esa piel morena, cual tantos debían envidiar.

Sus ojos eran marrones, cálidos como un café rico que uno tomaba los lunes por las mañanas. Indicaban que se podía confiar en su persona, que era alguien amable, dulce y gentil.

—Soy yo, sí. ¿Y tú eres? —Preguntó Annelise con su sonrisa más simpática. Su madre le había explicado que en España la gente a pesar de no conocerse, no solían tratarse de: “Usted”.

“Los españoles son personas amables, muy calurosos y abiertos. No tienen nuestra frialdad y aunque, al principio te parecerá raro, al cabo de poco tiempo te hará sentirte arropada y en casa”. —Habían sido las palabras de su madre antes de besarla por toda la cara, avergonzándola en el aeropuerto de Copenhague ante todas las personas, pero así se despedían los Dahl con los suyos, con un cariño desbordante.

—Me llamo Juan Antonio, soy el hijo mayor de Lucía. —Se presentó el hombre y añadió. —Te están esperando todos impacientes en la granja: “Tierra Viva”.

—Un nombre hermoso. ¿Cómo supiste que soy yo? —Preguntó Annelise extrañada, pues no se habían visto jamás y en ese aeropuerto no había poquita gente, precisamente.

—Me dijeron que eras muy rubia y bastante alta. —Respondió Juan.

—Entiendo, pero a pesar de saber mis características físicas, es raro que me hayas encontrado tan fácilmente.

—Bueno, además de la descripción física, pensé en tu delicada situación y al fijarme en toda la gente, la que más desconcertada parecía eras tú, así que decidí probar suerte.

—Tienes madera de detective. —Respondió Annelise bromeando y el hombre correspondió a su sonrisa.

—Ya sabes: “La intuición es el susurro del alma”.

—Me gusta esa frase, ¿de quién es?

—De Krishnamurti, famoso escritor, filósofo y un maestro de la espiritualidad. —Informó Juan, dándose importancia y provocando en Annelise una sonrisa. La rubia pensaba que tal vez su estancia en Almería, no iba a ser tan horrible después de todo, no al menos con una compañía tan grata.

—¿Eres muy espiritual? —Le preguntó Annelise, algo le decía que el hombre en cuestión tenía varios intereses y en diferentes campos y materias.

—Me interesan las diversas religiones, pero no pertenezco a una en específico, prefiero montarme mis propias teorías filosóficas de vida.

Contestó Juan y ella asintió antes de preguntarle. — ¿Todos en tu familia son así?

—Te lo cuento de camino al coche, de lo contrario nos quedamos aquí charlando. —Le respondió él y ella se sonrojó afirmando con un gesto con la cabeza.

Empezaron a caminar y mientras daban pasos cortos y apresurados, Juan hablaba.

—Mi madre sí se parece a mí, o mejor dicho, yo me parezco a ella. A ambos nos gusta reflexionar e indagar más allá de lo que dicen las teorías oficiales, pero mi hermano es totalmente diferente. Él se parece a mí difunto padre. Ambos, totalmente lógicos, unas personas que ven el mundo de una manera bastante cuadrículada.

—Lo dices con cierta tristeza. —Dijo Annelise con diversión. El pobre chico debía pasarlo canutas con su hermano que al parecer era la seriedad personificada.

—Mi hermano es inteligente y tiene muchas cualidades envidiables, ya conocerás al don perfecto, pero me da pena porque es incapaz de creer en lo que no es tangible ni en aquello que más bien se debe sentir, más que ver.

Respondió Juan confirmando las sospechas de la escandinava.

—Te comprendo. —Respondió Annelise que se sonrojaba cada vez más, sintiendo sus mejillas arder y pensando que su madre tenía mucha razón, era demasiado tímida y le costaba desenvolverse entre personas que no conocía, llegaba un momento en el que no sabía continuar una conversación y eso daba paso a un instante incomodo como en aquel momento. Juan miraba de soslayo a Annelise y ella simplemente se dedicaba a sonrojarse hasta la raíz del pelo. Era algo que sentía, no poder controlar y eso que el joven hombre era simpático y amable, no alguien que le dificultará la comunicación, ni que la hiciera sentir incomfortable.

—¿Y tú, cómo eres Ann? ¿Te puedo llamar así? —Preguntó Juan sonriendo otra vez. El pobre intentaba por todos los medios quitar el sabor de esa situación algo violenta para dos perfectos desconocidos.

La rubia se dijo a sí misma que debía colaborar un poco. Suspiró e intentó esbozar una sonrisa, aunque más bien parecía una mueca. Tan sólo esperaba que su ojo robótico, no comience a hacer ese tic molesto e imperceptible para ella. Con su familia era gracioso, pero las personas que no la conocían podían formularse conclusiones bastante fuertes como: Que era un robot biológico última tecnología de Escandinavia o que era una extraterrestre disfrazada de humana, o incluso,

que tenía el Síndrome de Tourette.

—¿Te pasa algo al ojo? —Preguntó Juan y ella quiso que se la tragara la tierra.

—No soy un robot ni un extraterrestre y tampoco tengo algún problema mental, solo lo típico, algo de obsesión compulsiva, un poquito de ansiedad y ya... —Respondió ella deseando que alguien le pegara los labios con Super Glue para que no los volviera a abrir y decir tanta tontería.

—Am, es muy bueno saberlo. —Respondió Juan estallando en una carcajada. Annelise jadeó ofendida, pero al cabo de unos segundos también empezó a reír. Ese fue el instante en el que el hielo se había derretido y lo cierto es que después de ese ridículo, la muchacha se sentía extrañamente más tranquila.

Llegaron hasta un jeep bastante lindo en color granate. El español se ofreció amablemente a ayudarla con su equipaje. En unos veinte minutos ya instalados y cómodos en sus asientos, habían salido del aeropuerto y viajaban por una carretera recta hacia su último destino, precisamente la granja: “Tierra Viva”.

La música que emitía la radio convertía el viaje en mucho más llevadero. Cada uno, sumido en sus propios pensamientos, el silencio que había instalado era relajante y para nada incómodo. La carretera era llana y el coche parecía que se deslizaba suavemente por el sendero mientras ante los ojos de ambos se descubrían paisajes de lo más pintorescos y hermosos.

Annelise, curiosamente se sentía tan relajada que pronto sus ojos comenzaron a cerrarse sin que pudiera controlarlo, sus párpados cada vez pesaban más y al cabo de un tiempo indeterminado cayó rendida ante el cansancio abrazando a Morfeo y suspirando gustosa.

Juan la miró de soslayo mientras conducía, pensando en lo tierna que se veía con la mejilla apoyada en el cristal. Sus labios formaban una: “O” y su cabello alborotado caía sobre su frente perlada por las gotas de sudor. En definitiva, no parecía acostumbrada a viajar, seguramente necesitaría un largo descanso y un sueño reparador.

La voz de Julio Iglesias les acompañó durante la trayectoria hasta que por fin la granja más famosa de Almería se alzaba ante sus ojos, con orgullo por esa belleza que cautivaba a primera vista, aunque Annelise se echaba el séptimo sueño sin percatarse y sin disfrutar de aquella vista formada por una casa de campo de piedra y con unos acabados de alta calidad. Tenía dos plantas y desde aquel ángulo en el que estaban, se veía el balcón decorado con una gran mesa y sillas para pasar tardes estupendas, además las macetas con flores de colores rojos, amarillos, lilas... parecían estar por todas partes, en cada escalón y esquina que formaba aquella gran casa, por no hablar de los pastos que rodeaba el hogar. Eso le daba un aspecto mucho más pintoresco, casi se asemejaba a un paisaje escogido de dentro de algún cuento.

—Annelise, despierta. —Dijo Juan tocando la barbilla de la joven que roncaba como un oso, provocando que los labios del español se curvaran en una sonrisa que amenazaba por convertirse en una risa estruendosa.

La escandinava abrió los ojitos, eran de un tono violáceo muy similares a las de la actriz Liz Tylor. En realidad su color tan inusual era más bien producto de la luz y del escaso maquillaje que solía utilizar, en realidad eran de un color azul oscuro, como un mar tormentoso que engullía el alma de los incautos pescadores.

—Mamá, déjame dormir más, es sábado y no hay trabajo. —Se quejó somnolienta mientras se acomodaba sobre su asiento y sonreía dispuesta a cerrar sus luceros otra vez.

—Annelise, que ya llegamos a la granja. —Repitió Juan lanzando una carcajada. Desde luego, la invitada de su familia iba a traer aire fresco a aquel sitio que se había adentrado en una especie de burbuja oscura tras la muerte de su padre, pensaba el granjero, no deseando recordar que en

efecto, él ya no estaba a su lado.

—¿Qué? ¿De qué hablas? ¡Granja! ¡Oh, la granja! —Exclamó de repente, levantándose como un resorte. La baba se le caía por la comisura de los labios y sus pelos de loca eran el peinado perfecto para una película de terror.

—Sí, ya hemos llegado. Mira la casa, en el rellano de la puerta principal te espera mi madre, el hombre a su lado derecho es mi hermano, ese que parece un ogro enfadado. —Le informó Juan.

Annelise frunció el ceño, la luz del sol que estaba en su máximo apogeo la cegaba, pero al centrar la vista pudo divisar a una mujer de la edad de su madre, muy bien conservada, vestida de blanco con grandes collares de perlas que no debían ser habituales para una granjera. Estaba vestida de manera cómoda, pero elegante.

Tras fijarse en ella, sonriendo porque no parecía una bruja malvada, sino un ángel como su madre, se fijó en el hombre a su lado y en ese instante su corazón saltó en su pecho. El hermano de Juan estaba enfurruñado, mirando a su alrededor con un desinterés e incluso fastidio, era moreno y alto, muy atractivo, debía venir de familia, pero en contraste con su hermano, era mucho más fuerte. Su cuerpo parecía estar compuesto por puro músculo, sus brazos y hombros debían llamar la atención femenina, muy seguido, pues incluso desde esa distancia invitaban a una a que tocará para ver si en verdad era tan duro como parecía a simple vista.

Annelise suspiró sin darse cuenta. Nunca le había pasado sentir atracción a primera vista, pero es que aquel hombre era un ejemplar único, y ese gesto en su cara de fastidio total, extrañamente cautivaba a la escandinava que achacaba aquellos repentinos calores al tiempo, al viaje, al estrés y a mil cosas más que explicarán con lógica y coherencia lo que sentía en aquel instante. ¡Hasta la boca se le había secado!

—¿Vienes? —La animó Juan mientras alzaba la mano. Annelise con una sonrisa nerviosa agarró la mano de su compañero de viaje y salió del coche, dispuesta a conocer a esas personas con las que iba a convivir un largo tiempo.

Capítulo 3

Cuanto más se acercaban, más ceñudo parecía aquel hombre, mientras la sonrisa de la que era señora de aquella casa y tierras se ensanchaba mostrando a alguien abierto y simpático. Cuando ya estaban frente unos a otros, Annelise se sintió estúpida, pues seguía sonriendo como una boba y no podía apartar los ojos de aquel hombre distante, frío y con mirada autoritaria.

—Bienvenida, Annelise. ¿Cómo fue tu viaje? Espero que bien. —La saludó la mujer y la joven apartó a regañadientes su atención del hombre que entrecerraba sus ojos con desconfianza y hastío.

—Oh, el viaje, sí, estuvo muy bien. —Respondió balbuceando como si tuviera un trastorno que alteraba su voz.

Lucía sonrió divertida, hasta para un ciego sería claro que la muchacha se había sentido atraída hacia el idiota de su hijo que no había parado de quejarse por la llegada de Annelise. Desde que se había enterado, era intratable y es que su desconfianza, otro rasgo de carácter heredado por su padre, llegaba hasta el punto de convertirle en alguien irritable.

—Estarás cansada. Tu madre dijo que no estás acostumbrada a viajar.

Annelise asintió, se sentía incapaz de pronunciar una sola palabra, pues la mirada gélida del hijo menor de Lucía. La escrutaba sin ningún disimulo.

—Pues podríamos pasar adentro, acomodarnos y después hacer las presentaciones. —Sugirió Juan, afortunadamente, pues aquella situación se tornaba en incómoda para todos. Annelise no era dada a hablar mucho con gente que no conocía y ello contribuía a que hubiera instantes tan raros que las personas al cabo de poco empezaban a hablar del tiempo con esas sonrisas nerviosas y miradas desconcertadas tan habituales para esos casos.

—Una idea perfecta, hijo. Os dais una ducha, os vestís cómodamente y comemos en el jardín que hará una tarde estupenda. —Dijo Lucía.

Pasaron dentro de la casa. Annelise, cabizbaja, ni se atrevía a mirar su alrededor. Por primera vez maldijo ser tan excesivamente tímida.

Generalmente, no le interesaba entablar amistades, pues tenía a su gente en su mundo que la contentaba y no deseaba añadir a más personas en dicho universo tan suyo, pero ahora la situación era diferente, pues iba a convivir con aquellas personas que parecían gente de bien. La muchacha sabía con certeza que tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para llevarse bien con la familia que tan amablemente le daba la oportunidad de esconderse de los criminales que iban tras su persona, le proporcionaban seguridad y comodidad. Su comportamiento era intachable y de eso se podía dar cuenta, incluso sin haber intercambiado muchas palabras con ellos.

Levantó la cabeza lentamente y se encontró con un recibidor más amplio que el tamaño de su habitación en Copenhague, muy ordenado y pulcro, no como el hall de su casa que parecía un campo de batalla donde zapatos, paraguas y chaquetas campaban a sus anchas.

El color predominante en las paredes era el blanco, aunque había puntos específicos en un tono gris clarito. Los pocos armarios de estilo moderno eran de color madera roble y la decoración que adornaba esa estancia era de tipo minimalista, pero sin llegar a ser fría, pues el calor hogareño se podía apreciar y sentir claramente.

—Tenéis una casa preciosa. —Susurró admirada, apreciando la tranquilidad que se podía

notar.

—Muchas gracias, acabamos de reformar algunas cosas. Tras tanto tiempo después de la muerte de mi esposo, sentíamos que era algo necesario para seguir adelante. —Contestó Lucia con franqueza.

Annelise le dedicó una sonrisa, apreciando su valentía, era una mujer fuerte, sabía que debía salir adelante por sus hijos y por la granja que había creado junto a su esposo. El hecho de que podía hablar del asunto demostraba que intentaba pasar página por el bien común de su familia.

Juan, al igual que su madre parecía estar en la misma onda, se veía que procuraba continuar y no persistir en recuerdos que amargan el alma, pero el menor de aquel par de hermanos, era diferente. Parecía haber construido una coraza a su alrededor y a pesar de no conocerlo, Annelise sabía con certeza que sobre-protegía a los suyos y que la pérdida de aquel ser querido le había afectado más que al resto.

—Bueno Annelise, si quieres, te enseño tu habitación. Dentro tienes un pequeño cuarto de baño del que puedes disponer a tu antojo, hemos pensado que así tendrás más privacidad. —Le dijo Lucia mientras dejaba atrás a sus hijos y agarraba a la joven del brazo con suavidad.

Annelise se dejó guiar. Llegaron hasta unas escaleras, desde ese punto central de la casa se podía ver la sala de estar y la cocina, se trataba de un diseño de espacio abierto, lo cual a la escandinava le encantaba.

Las escaleras eran de tipo “L” y todo el suelo en general era de parqué macizo machichembrado. La joven se sujetó de la barandilla, cuyo tono era blanco y contrastaba con el suelo y esperó a que Lucia fuera por delante para seguirla. Subieron los escalones en silencio. La planta de arriba estaba compuesta por un pasillo alargado y por las habitaciones que afortunadamente no estaban cerca una de la otra. En la casa, uno podía tener suficiente intimidad lo cual aliviaba a Annelise. Ella adoraba sus momentos de soledad, esos instantes en los que podía reflexionar, leer y sumergirse en otros mundos.

Lucia se dirigió hacia la parte derecha, abrió la puerta que daba a una de las habitaciones más apartadas de la casa, debía ser la de los invitados.

—Espero te guste y te sientas cómoda aquí querida Annelise. —Habló Lucia mientras la mostraba una habitación de ensueño. Era de tonos claritos, blancos y dorados que se mezclaban con el verde de las cortinas que parecía dar aspecto de calma y tranquilidad a la estancia.

—Es hermosa Lucia. ¡La cama es tan enorme que caben otras cinco como yo! —Exclamó Annelise haciendo reír a la mujer, pero es que no estaba acostumbrada a tanta comodidad. Por supuesto jamás le había faltado de nada, sus padres la habían consentido y mucho, pero el piso en el que vivían era mucho más pequeño que aquella casa y su cama no se podía comparar con aquella tan amplia y adornada con una preciosa colcha de crochet en tonos veraniegos.

—Me alegra bella, venga ponte cómoda, date una ducha y bajamos a comer. Solemos sentarnos justo a las tres en punto. Y no se te olvide llamar a tu madre, conociendo a mi amiga, seguro que se está comiendo las uñas por los nervios. —Dijo Lucia con cariño y se marchó, dejándola sola. Al cabo de un rato vino Juan con su equipaje, lo dejó cerca del armario empotrado a la pared y salió de la estancia dedicando a Annelise una sonrisa.

Cuando al fin quedó más sola que la una, se dirigió a la ventana en forma de arco que había en su nueva habitación. Subió aún más las persianas y la luz natural inundó a aquella recamará que tanto le había encantado.

El paisaje que se podía observar desde aquel punto de la casa, era idílico. Los rayos del sol alumbraban el campo, algunos empleados concentrados en sus respectivos trabajos borraban el

sudor de sus frentes refunfuñando y probablemente esperando con ansias a que diera la hora de comer para poder descansar y zampar algo rico.

Annelise se dio la vuelta y abrió su maleta. Sacó todos los productos de cuidado personal que solía usar y se dispuso a ordenarlos en el baño. Miró la hora en su móvil, todavía tenía tiempo, pero no para doblar su ropa y colocarla en el armario, eso debía dejarlo para hacer más tarde.

Colocó todo con esmero y para su sorpresa, con ilusión. Cada vez pensaba que la decisión de sus padres era correcta, eso de salir del entorno y experimentar cosas nuevas... De repente unas imágenes de aquel hijo enfurruñado de Lucia aparecieron en su mente y se sonrojó porque se lo imaginó desnudo y se quedó sin aliento. ¡En qué piensas Annelise! Se dijo a sí misma y resopló, pensando que necesitaba abrir la ventana y respirar. Colocó su gel íntimo en el pequeño armario de estilo vintage y color coral y fue a abrir la ventana, sintiendo que se ahogaba. Unos calores recorrieron su cuerpo centrándose en sus partes íntimas y aquello era violento, pues nunca había sentido algo así. ¿Se trataba de deseo? No, no podía ser, apenas le conocía y él no parecía muy contento de verla por su casa.

Respiró hondo al sentir la brisa y entonces su mirada se cruzó con la de él. El hijo malhumorado y al parecer, asocial, de Lucia la miraba entrecerrando sus ojos como si ella fuera un bicho molesto que ha llegado a su casa rompiendo su apacible y monótona vida. Lo peor de todo era que ella le comprendía a la perfección, pues odiaba los cambios, aunque algo le decía que pronto iba a comenzar a disfrutarlos.

Le sonrió sin darse cuenta, anhelando que él respondiera, pero el muy ineducado dio media vuelta sin dirigirla ni una mirada más.

Inexplicablemente su actitud molestó a Annelise que cerró la ventana murmurando sobre lo impertinente y arrogante que era aquel desconocido. Una voz de su interior susurraba en su oído que pronto iba a saber su nombre, y aquel detalle, debía admitir que revolucionaba su ser de manera preocupante. ¿Los viajes largos podían provocar semejante dolor de cabeza y confusión? Se preguntaba la joven.

Se acordó de sus padres y antes de meterse a la ducha, se decidió por llamarles. Seguramente estaban preocupados.

Marcó el número de su madre que se sabía de memoria y en el primer pitido su progenitora contestó, como si hubiera estado todo ese tiempo, pegada al teléfono.

—Mi garbancito, estaba pegada al chisme ese. ¿Cómo te fue el viaje? Tu padre y yo estábamos de los nervios. ¿Por qué llamas tan tarde? ¿Te ha gustado el sitio? ¿Conociste a Lucía? Te echo de menos...

—¡Mamá! Respira por favor. —Dijo Annelise entre risas, sentada sobre aquella bonita cama y acariciando la colcha ensimismada.

—Vale cielo, cuéntame todo. Supongo ya estás instalada...

—Sí, mamá. El viaje fue largo, pero llevadero. El hijo de Lucía, Juan vino a recogerme del aeropuerto, montamos en coche y hace como media hora llegamos. Ahora estoy en mi habitación intentando instalarme y a las tres en punto comeremos.

—Perfecto cielo, me alegra mucho. ¿Cómo está Lucía?

—No tuve mucho tiempo de hablar con ella, pero parece una mujer encantadora.

—Y tú, pensando que sería una bruja.

—Bueno, mamá... Nunca se sabe, si se parece a ti igual sale una brujita. —Bromeó Annelise y cuando oyó que su madre jadeaba indignada, comenzó a reír a carcajadas.

—¡Serás mala! Lucía es un encanto al igual que yo. Deberías agradecer jovencita tener una

madre como yo. De bebé llorabas con tanta fuerza que decían que serías una cantante de ópera. ¡Qué estrés!

—Mamá, llevas recriminándome eso veintiséis años. —Dijo Annelise riendo a lágrima viva.

—¿Y qué te parecen los hijos de mi amiga? Tengo entendido que son dos ibéricos de buen ver.

—Bueno, pues Juan es un pan de dios. Simpático y atractivo. El otro, cuyo nombre no me sé todavía, es un ermitaño, creído e ineducado de mierda.

—¡Vaya, veo que el segundo te impactó! —Dijo Inga divertida.

—¿Impactó? Intenté saludarle y el tío me miró como si yo fuera un incordio. —Contestó Annelise con fastidio, ni siquiera ella comprendía la razón por la que le afectaba lo que pensará de ella un hombre que prácticamente acababa de ver.

La risotada que se le escapó a su madre dejó aún más atónita a Annelise que jadeó indignada y preguntó con un tono agudo.

—¿De qué te ríes? Habla con tu amiga para que le eduque igual todavía no es tarde. — Exclamó la joven con un tono mordaz y su progenitora comenzó a reír de forma aún más estridente.

—Cielo a mi Lucía no la metáis en vuestras futuras discusiones que seguro serán muchas. Ahora te dejo que tu padre llegará enseguida, ha ido a la papelería, ya sabes lo mucho que le encantan las manualidades y ahora le ha dado con que debemos hacer una muñeca de Goma Eva, insiste en que se parezca a ti.

Annelise empezó a reír, sabiendo con certeza lo que recibiría para su cumpleaños que estaba a la vuelta de la esquina.

—Bien, mamá, pues te dejo. Dale un beso a papá de mi parte y dile que antes de dormir llamaré otra vez, no vaya ser que se disguste y se ponga celoso por llamarte solo a ti.

—Bien pensado cielo. Nos oiremos después, claro que sí. Disfruta de la comida y por cierto... Ese hijo insoportable de mi querida Lucía, se llama Diego. — Informó Inga con una risita.

—Amm, pues su nombre es tan feo como su cara asimétrica por tanto enfurrñarse. —Mintió descaradamente Annelise. Ocultando el detalle asombroso de que al oír ese nombre que le parecía varonil, con fuerza y curiosamente sexy, su corazón había latido de manera rápida como si deseará salir de su pecho. Igual tendría que ir a un cardiólogo, aquello no era muy normal. De paso debía consultar a un buen psiquiátrico porque desde cuándo un nombre podía resultar: “*Sexy*”.

—Qué extraño... Tengo entendido que es un hombre muy apuesto y que su reputación le precede. —Dijo su madre.

—¿Qué quieres decir con lo de la reputación? Habla en cristiano, mamá.

—Pues que liga más de lo que cambia de zapatos. De hecho, según Lucia ya hay varios corazones rotos en Tierra Viva.

—¿No me digas? Lo que yo decía... ¡Es un creído, presumido e insensible! Esos hombres hay que enterrarlos bajo tierra lejos de las miradas, corazones y pensamientos femeninos!

—¡Huy! Hija, tú jamás fuiste tan intensa. —Dijo Inga extrañada y Annelise enrojeció hasta la raíz del pelo.

—Bueno, es que fue un viaje tan largo... —Se explicó con torpeza.

—Sí, debe de ser eso. Bueno, besos cariño. Disfruta todo este tiempo sin preocuparte por nada, ¿vale? Ya verás que en unos días lo verás todo desde una perspectiva mejor.

Annelise se despidió de su madre y se duchó con rapidez, pues la hora se le había pasado volando porque tanto su madre como ella, eran parlanchinas, sobre todo si había cosas de las que hablar, cosas que compartir.

La joven se secó el cabello con una toalla y decidió dejarlo húmedo. Se decantó por ponerse un vestido azul celeste vaporoso con la altura hasta las rodillas, un estilo cincuenta que realzaba su figura acentuando su pequeña cintura.

Justo cuando giraba el pomo de la puerta para salir, entró otra vez a su cuarto para verse por enésima vez en el espejo del baño. Igual debía maquillarse un poquito, pensó mientras fruncía su nariz como si algo oliera mal. Casi nunca se maquillaba, tan solo para darse color al rostro, pero en aquella ocasión deseaba estar guapa y se imaginaba cuál era la razón. Un rostro malhumorado, una actitud desafiante, un hombre que estaba como un tren y que producía ritmos cardiacos anormales.

Capítulo 4

Asomó la cabeza por la puerta deslizante que estaba totalmente abierta. En el jardín estaban Lucía y sus dos hijos, acompañados por un hombre que tenía pintas de jardinero. Olía exquisito y Annelise cerró los ojos, tenía hambre y mucha.

—Annelise no seas tímida, ven que te presento a todos. —Gritó Lucia mirando hacia ella. La joven quiso que la tierra se la trague. Estaba consciente de que se comportaba como una renacuaja, pero es que le era inevitable no sentirse así, tan cohibida...

—Sí, sí ya voy. —Respondió quitándose una pelusa imaginaria.

Juan sonrió al verla y ella le devolvió la sonrisa. Se sentó en la mesa, su asiento estaba al lado de Lucía.

—Huele muy rico. —Murmuró Annelise y afortunadamente su voz de mosquita fue oída por todos.

—Una rica paella para darte la bienvenida querida Annelise. Es una receta que solía hacer mi abuela, te chuparás los dedos.

—No tengo duda alguna. —Contestó la extranjera con educación.

—¿Cómo no si nunca has probado la paella de la abuela? —Preguntó de repente Diego.

Un escalofrío recorrió cada centímetro de piel del cuerpo de Annelise que abrió los ojos de par en par. ¡Santo cielo, qué voz era aquella!

Ronca, grave, tan masculina que instintivamente ella se apretó las piernas una contra la otra, sintiendo su sexo húmedo. Sintió sus labios resecaos, así que pasó su lengua por encima de ellos.

—No comprendo. —Murmuró con una voz quebrada y tan bajita que los presentes tenían que prestar una atención especial para poder oírla.

—¿Cómo es que no dudas que la paella está rica si nunca la has probado? ¿Tienes algún retraso mental? —Preguntó Diego y Annelise se encogió en su silla sin darse cuenta. Lucía jadeó asombrada ante la grosería de su hijo.

—¡Diego! ¡Pero qué diablos te pasa! —Exclamó Juan atónito.

—¿Qué pasa? ¿Te gusta esta pava? —Preguntó Diego de lo más agresivo. Sus ojos eran de color miel, pero cuando el sol los alumbraba como en aquel instante, adquirían un tono verdoso de lo más hermoso. Le daba un aspecto aún más salvaje, autoritario e impactante.

—¡Pues claro que me gusta! Es encantadora. ¿No ves que estás insultando a la hija de la mejor amiga de mamá? Annelise solo intentaba ser amable. —La defendió Juan.

Annelise tan solo deseaba meterse en un agujero pequeñito y no salir de allí. No le gustaba ser el centro de atención y en ese instante era la protagonista de aquella tontería. ¡Era humillante!

—Niños calmaros. La estáis incomodando. ¡Diego, discúlpate ahora mismo con Annelise! —Dijo Lucia a su hijo con una mirada que no admitía un “no” por respuesta.

El español a regañadientes se disculpó, aunque apenas pudieron oírle y Lucía con el entrecejo arrugado tosió de manera exagerada, mientras su hijo volteaba los ojos y siseando pronunciaba las palabras: —Lo siento Annelise, no fue correcto lo que te dije.

La rubia todavía pasmada, murmuró en respuesta. —No pasa nada.

La comida había empezado con mal pie, de manera bastante desagradable, pues el ambiente se había tornado en tenso, daba la impresión de que el aire se podía cortar con un cuchillo.

Era extraño, pero tan solo unas cuantas palabras mal dichas podían destrozar todo un día. Lucía, la pobre, intentaba por todos los medios arreglar el asunto, contando malos chistes, hablando sobre cualquier estupidez con una sonrisa tan pronunciada que parecía anunciar una pasta de blanqueamiento de dientes.

—Por cierto, este que tiene pintas de haberle atropellado un camión es Pawel, de Polonia, aunque España es como su segunda casa.

Le presentó la mujer al jardinero que sonrió a la joven. La acción pareció calmar el ambiente inquieto que no pegaba ni con cola con el tiempo tan hermoso que les daba la bienvenida.

—Hola Pawel, ¿cuánto tiempo llevas en España? —Preguntó Annelise, animándose por una vez a iniciar una conversación.

—Oh, pues señorita llevo ya quince años. —Respondió el hombre que tenía una estructura ósea compuesta de rasgos duros. Sus ojos eran de un color gris clarito, pero curiosamente su mirada no expresaba frialdad, era calurosa y mostraba a alguien afable, comunicativo y trabajador.

—¡Son muchos años! —Exclamó Annelise sin poderse creer que existieran personas tan lejos de su casa, de su patria y durante tanto tiempo.

—Cuando me tomo mis vacaciones suelo ir. Es algo a lo que uno llega a acostumbrarse. Hay momentos que son complicados, pues siempre se echa de menos el lugar donde has crecido, donde has dejado recuerdos de esos que son imborrables, pero las dificultades y la lucha por una mejor vida le obligan a uno a tomar decisiones como alejarse de todo lo conocido para adentrarse en una aventura cuyo camino no siempre es llano, a veces hay muchas piedras y uno se llega a tropezar.

Explicó Pawel. Su español era muy bueno, aunque un acento ligero de tipo eslavo se podía percibir si uno escuchaba con atención.

—Es admirable la valentía que tienen muchas personas al abandonar sus hogares para tener una nueva vida tan distinta a la acostumbrada. Has demostrado con creces que eres un hombre de fiar todos estos años, que eres honrado y trabajador, así que mi casa siempre está abierta para ti, Pawel. Sea por motivos de trabajo o inclusive para tomarnos Nelewka junto a un plato de Pierogi. —Le dijo Diego.

Annelise se sorprendió, pues relajado y con expresión amable, era el triple de veces más atractivo. Se preguntó si algún día la miraría de esa manera sonriente. Tal vez no se fiaba fácilmente de las personas, pero ella podía demostrarle que era de confianza. Sí, se olvidaría del asunto de hacía poco y se centraría en caerle bien. Era normal reaccionar así, se trataba de una perfecta desconocida metida en su casa, pero cuando viera que era una buena persona, tal vez, le daría una oportunidad de conocerle, aunque fuera como amiga.

Sonrió más calmada. Ni siquiera entendía el porqué de sus enormes ganas de caerle bien, no, de caerle muy bien. Aquello era surrealista y sin embargo, era lo que sentía, lo que pensaba en aquel instante. Lo miraba absorta y embelesada por su rostro masculino. Se dio cuenta de que mentalmente grababa cada línea que componía esa carita enfurruñada en su cabeza como si se tratará de un cuadro, de un retrato que mostraba a una personalidad fuerte e incomprensible para ella. Se quedó en shock cuando llegó a la conclusión de que deseaba comprenderle. Saber lo que ocultaba su mirada fría y como si fuera una pirata en busca de un tesoro secreto enterrado bajo el mar de unas emociones ocultas, se dijo que haría lo imposible por descubrir algo que siquiera andaba buscando hasta que su mirada, se había cruzado con la de él.

Annelise se quedó tan ensimismada que no oyó la conversación fluida que mantenían los dos hombres, ni siquiera se percató de que el hermano y la madre del hombre que ocupaba su cerebro

violando a su razón, la observaban muy concentrados, analizando cada brillo que parecía bailar en sus ojos al mirar el perfil de Diego que se había olvidado de la presencia de la extranjera por completo.

En aquel instante los cinco integrantes de aquella mesa, estaban sumergidos en sus propias cavilaciones y ni siquiera la rica paella lograba captar sus atenciones, tanto como sus desbordadas imaginaciones.

Cada cabeza era un mundo. ¿Qué podía pasar si los deseos de unos contradecían a los de otro? Tal vez, podía dar lugar a un desastre natural o a una dicha inaudita.

La hora del postre había llegado y la muchacha se embrujaba por el país y sus costumbres cada vez más. Obviamente, no podía juzgar a partir de la base de su poco conocimiento, pero si los españoles en general eran como Lucía y su familia, eso significaría que realmente España era un país abierto que daba la bienvenida a los extranjeros de manera muy calurosa. Además, parecían poseer un sentido del humor único que garantizaba las risas en una mesa mientras se disfrutaba de una “Papa Vieja”.

—Este postre es típico de nuestra zona, Annelise. Se suele preparar para celebrar la Semana Santa, pero no es extraño encontrarlo en cualquier época del año. Suelen venderlo en casi todas las panaderías y pastelerías, aunque mi madre prefiere hacerlo ella misma como casi todas las comidas. —La informó Juan, con esa amabilidad que parecía característica de su personalidad risueña.

—Está realmente rico. Me da que aquí voy a engordar porque está todo tan bueno que es imposible resistirse.

—Deberías engordar, estás tan flaca que pareces un esqueleto andante.

Habló Diego que ahora dirigía toda su concentración hacia Annelise. La crítica tan poco constructiva y fuera de lugar asombró a Lucía y a Pawel, mientras que Juan taladraba a su hermano con su mirada porque claramente, había avergonzado a la invitada de la familia.

Annelise nunca antes se había sentido insegura respecto a su aspecto físico. Sabía que mayoritariamente las personas preferían a las mujeres como ella: Alta, rubia, delgada... Aunque en ese mismo instante dudaba seriamente de ello, pues su físico que era un canon actual de cualquier película, pasarela de moda internacional o video musical, no parecía asombrar a Diego, más bien, parecía disgustarle...

—Sí, igual tienes razón. —Respondió Annelise, humillándose de una manera inimaginable. Hasta en su propia cabeza había sonado como una estúpida, pero no podía evitar ese extraño sentimiento que la llevaba a intentar caerle bien al español.

—No, no, para nada, cielo. ¡Estás perfecta! —Dijo Lucía y aunque su tono era de unos decibelios que se consideraban normales, sus ojos indicaban la presencia de nubes oscuras que presagiaban tormenta.

—Me tengo que levantar, tengo que ver los informes de venta de este mes. —Dijo Diego, sin prestar atención al alboroto que había causado su comentario mal intencionado.

Su hermano y su madre no dijeron nada. Lucía simplemente apretó los labios mientras sus ojos lanzaban llamas, parecía avergonzada por el comportamiento de su hijo.

—Yo debo irme también, debo recoger a mi esposa del trabajo. —Habló Pawel que parecía incómodo.

—Muy bien, Pawel. Ha quedado todo hermoso, mis rosales son los más bonitos del contorno. Nos vemos la semana que viene y dile a Irenka que el día del club de lectura lo hemos cambiado a viernes. —Se despidió Lucía y el hombre sonrió asintiendo y levantándose a continuación para

marcharse.

Cuando Annelise quedó únicamente acompañada de Lucía y Juan, se sonrojó ya que ambos la miraban como si intentarían leer su alma y aquello no era precisamente agradable para la joven, de hecho, se podía considerar lo peor para una persona introvertida que muchas veces se escondía del mundo y se escudaba tras una sonrisa nerviosa y actitudes ensayadas desde la niñez.

—El maleducado de mi hijo te gusta. Te atrae. —Dijo de repente Lucía de manera directa, sin andarse con rodeos. Juan asintió mirando divertido la forma en que Annelise se sonrojaba, sus mejillas eran del mismo tono que el interior de las sandías.

—Yo... bueno, es muy guapo, pero...—La pobre no podía explicarse, solo deseaba huir, pero sabía con certeza que hacer caso a las suplicas de su avergonzada mente y corazón, sería algo infantil, una reacción y acción típica de una adolescente descontrolada.

—Él no es tan indiferente hacia ti como tú te crees. —Dijo Lucía y Annelise la miró sin comprender.

—Creo que me odia. —Contestó la muchacha con timidez y en un susurro.

—Diego es desconfiado, pero conozco a mi hermano, le atraes. —Soltó de repente Juan dejando a la extranjera patidifusa.

—Extraña forma de reaccionar tienen los españoles cuando alguien les gusta. —Dijo la rubita sin poderlo evitar.

Juan y Lucía rieron genuinamente y al ver su mirada de desconcertada, muy similar a una ovejita perdida en el inmenso campo, lanzaron un par de carcajadas ofendiendo un poco a la recién llegada.

—No te enfades, cielo. Diego es un caso especial, mi hijo tiene un carácter que es complicado de comprender, hasta yo que soy su madre, a veces no sé muy bien cómo entenderle. Sin embargo, le gustas y no pongas esa cara de pasmada, estoy segura y creo que Juan piensa igual.

—Así es. No suele ser hasta ese punto desagradable con las personas... Dijo el muchacho pensativo.

—Oh, entonces solamente yo le caigo como una patada en la tripa. —Habló Annelise con tristeza. Su rostro era expresivo y en sus ojos, que parecían del color de las gemas, se podía observar reinar a la desolación.

—Eso no es del todo malo. —Dijo Lucía reflexionando en voz alta.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó la joven sintiendo en sus tripas una extraña sensación que solo se podía describir como ilusión. Nunca antes había sentido algo así, incluso estando triste se sentía más viva que nunca.

—Mucha gente cree que lo contrario al amor es el odio, pero están equivocados. Lo contrario al amor es la indiferencia. El hecho de que le caigas como una patada en el estómago, como tú dices, es algo muy bueno. —Dijo la mujer, mientras los dos jóvenes escuchaban con atención.

—Espera un poco... ¿Me estás diciendo que es bueno que me odie? —Preguntó Annelise que estaba cada vez más confundida.

—Sí, niña guapa, pero un poco boba. —Respondió Lucía y la escandinava jadeó de indignación provocando las risas de los españoles que no eran burlonas en absoluto, más bien, sinceras, las típicas que tendría un familiar bromista cuando te gasta una jugarreta.

—Del amor al odio hay un paso, al igual que del odio al amor. Ahora le caes mal porque su naturaleza es desconfiada y porque tú irrumpes en su vida metódica y organizada, algo que le resulta molesto, pero ello no significa que tu aspecto físico no le haya impresionado y eso lo demuestran sus ojos que se posaban sobre ti cada vez que tú mirabas hacia otro lado.

—¿De verdad? —Preguntó Annelise con esperanza, un sentimiento que calentó su pecho y dibujó una sonrisa en su rostro.

—Es cierto, yo también me fijé. —Afirmó Juan, divertido.

—Pero él dijo que soy demasiado flaca... —Habló enfurruñada al recordar el comentario de ese hombre que revolucionaba su pobre corazón acostumbrado a la tranquilidad y a la vida apática y sin sorpresas.

—Para apartarte. ¿Te crees que no se daba cuenta de que te lo comías con la mirada? —Preguntó Juan sin poder evitar una carcajada.

—¡Yo no me lo comía! —Respondió con un grito asemejándose a una adolescente que se enamoraba por primera vez.

—Sí te lo comías nena, nos dimos cuenta todos. Esa es la razón por la que se comportó de esa manera tan déspota. Prácticamente te dijo: “No te acerques a mí”. ¡Eso es una señal estupenda! —Dijo Lucía con los ojos parpadeando y brillando de alegría.

—Lucía, con perdón, pero creo que no tienes muy buen conocimiento de lo que significa una buena señal. —Le habló Annelise estupefacta. Unos pálpitos le decían que aquella familia no estaba del todo bien con la cabeza.

—No, no cielo, al contrario, he vivido lo suficiente como para entender que el vaso de agua no siempre está medio vacío como lo solemos ver. Las personas son mucho más complejas de lo que puedan parecer. El hecho de que te haya intentado alejar es buena señal porque indica que le gustas tanto que llega a temerte.

La confesión y la conclusión a la que había llegado Lucía, habían dejado a Annelise más que abrumada. ¿Temerle? ¿A ella? No, eso era improbable.

—Mi hermano es alguien muy ordenado, de esas personas que controlan todo y a las que no les gusta el cambio abrupto porque rompe sus esquemas. Precisamente, por eso le has caído mal, porque has trastocado esa vida metódica y ordenada que él suele mantener de manera obsesiva y compulsiva. —Habló Juan mientras se servía un poco de agua, sorprendiéndose a sí mismo porque estaba muy seguro de que sus reflexiones eran ciertas. Nunca había visto a su hermano comportarse de esa forma y menos con alguien a quien no conocía. ¡Annelise le afectaba!

—Bueno, eso lo puedo comprender...—Empezó a reflexionar la extranjera en voz alta, mientras picaba de vez en cuando el postre que tenía a medio acabar.

—En cierta manera, yo soy igual. Me gusta el orden y mi vida apacible sin cambio alguno que lo abruma todo. Creo que en parte, debido a esa razón mis padres tomaron la decisión de enviarme aquí.

—Bueno, pues podrías tomar esto con una actitud divertida. Claramente eres introvertida, pero un país nuevo y una cultura nueva sirven precisamente para cambiar muchas cosas de la realidad de uno. Podrías abrirte al mundo y descubrir cosas nuevas de ti misma.

Le dijo Lucía con los ojos entrecerrados, como si tras sus palabras se escondiera otro mensaje cuyo significado por ahora le era incomprensible a la escandinava.

—Mamá tiene razón. Esto podría ser un experimento personal, un gran reto. Podrías intentar conquistar a Diego y si sale mal, pues no pasa nada, si sale bien, seguro que estarás feliz porque te ha gustado desde el primer momento en que lo viste. —Añadió Juan, mientras Annelise les observaba pensativa. Lo más extraño de todo, es que las ideas de sus recién conocidos amigos no le parecían nada descabelladas.

—¿Y cómo podría conquistarle si no tengo ni idea de ligar con un hombre? Además, él se resistiría con uñas y dientes... —Dijo la rubia sin darse cuenta de que sonreía de oreja a oreja.

Llevaba tanto tiempo con esa vida tan apacible que esto resultaba de lo más divertido, sobre todo teniendo en cuenta que no le importaba en absoluto intentar cautivar al macizo de Diego. Ese hombre estaba tan bueno como el pan recién hecho por las mañanas.

—Hmm, cierto, pero allí está el reto para ti. Para empezar, podríamos meterte a trabajar en la pequeña tienda que tenemos a tres cuerdas de la granja, donde además de sandías, vendemos más tipos de frutas. Trabajamos con otras empresas, pero la tienda es importante para la familia porque fue el primer paso que dio mi esposo para crear todo lo que hoy en día tenemos. Diego se pasa muchas horas allí, y bueno seguro que pasando tanto tiempo juntos, del roce pronto se hará el cariño. —Sugirió la dueña de aquella hermosa granja.

—¿Y Diego no tendrá nada en contra de que yo trabaje junto a él?

Preguntó la joven, insegura.

—¡Seguro que pone el grito en el cielo! Sin embargo, le diré que es para que no te aburras aquí y que te gusta ser útil. No podrá negarse ante mí. —Dijo Lucía con diversión, mientras las miradas de Annelise y Juan brillaban con travesura.

Annelise nunca se había emocionado tanto con algo. Sentía su corazón latir a mil por hora y no le importaba porque era genial la incertidumbre, el reto de comprender a un hombre tan complejo, testarudo, interesante y misterioso para ella.

Inexplicablemente se sintió súper feliz. Llevaba horas en Tierra Viva y ya estaba conspirando con dos nuevos amigos y estaba preparada para conquistar el corazón helado de un hombre asombrosamente guapo y malhumorado. Tal vez, ella podía enseñarle a sonreír un poquito más...

Capítulo 5

Bien, ya se sabía el plan de la “A” a la “Z”. Con una sonrisa de oreja a oreja se preparaba para el primer día de trabajo. Ansiosa por ver a Diego y pensativa por si su conjunto nuevo le impresionaría. Era un vestido hermoso, cómodo para trabajar, pero fresco y sexy, cortesía de la buena de Lucía que esa tarde iba a presentarla a sus amigas del club de lectura.

Según Lucía, eran expertas en cazar hombres apuestos, pues todas estaban casadas con buenos partidos.

Annelise se miró por última vez ante el espejo antes de correr y agarrar su bolso de estilo bandolera con rapidez saliendo entusiasmada de su habitación.

Bajaba las escaleras como una niña emocionada por su primer día de cole, cuando se acordó de la primera regla que le había enseñado Lucía, “la gran maestra”, como la habían apodado ella y Juan.

Regla número uno: Nunca debes parecer desesperada. Puede que tu corazón esté a puntito de salirse de tu pecho, pero la expresión debe ser serena, la compostura elegante y femenina y que no se note ni pizca que estás muriendo por dentro por no saludarle.

Inmediatamente, tras recordar las sabias palabras, Annelise comenzó a bajar aquellas malditas escaleras lentamente, con una sonrisa dibujada en los labios, a los cuales había pintado con una barra de color rosa pálido que le sentaba bien, sí ese era su color.

Se dirigió al comedor desde donde provenían los gritos de Diego.

— *¡No pienso trabajar con esta pava! Seguro que no ha trabajado en su vida esa mimada de mierda.*

— *Annelise es nuestra invitada y desea estar ocupada, es una muchacha muy trabajadora que no está acostumbrada a no hacer nada. Le vendrá bien estar entretenida.*

— *Pero mamá...*

— *¡No hay peros! ¡Y serás amable con ella Diego, si no quieres que te dé una tunda que todavía puedo, no me importa que midas dos metros!*

— *¡Sí señora!* —La respuesta estaba llena de sarcasmo a más no poder.

La dulce Annelise lo oía todo a través de las finas paredes que no escondían nada sobre todo si uno gritaba desgañitado, pero lejos de sentirse mal por la actitud de su futuro hombre, sí había decidido la noche anterior cazarlo totalmente, con anillo y todo, sintió unas ganas terribles de demostrarle que trabajar con ella era lo mejor que le podía pasar a aquel cabeza de chorlito.

Abrió la puerta con una sonrisa reluciente. —Buenos días Lucía, buenos días Juan. —Saludó ella y se sintió victoriosa al ver que a Diego le había molestado que no le hubiera dirigido siquiera la palabra.

—Bueno ya que estamos todos, incluso la fea durmiente, podemos hablar de este asunto. Annelise yo no quiero trabajar contigo. La tienda es importante para mí y mi familia y no pienso permitir que arruines todo porque tengas el caprichito de hacer algo “útil” en tus vacaciones improvisadas.

Annelise jadeó indignada y le dijo en un tono de profesora enfadada a punto de mandar al alumno travieso a dirección. — ¡Oye guapo, que de guapo no tienes nada, a mí no me hablas así! Me importa un comino que no quieras trabajar conmigo, no pienso estar quieta aquí y trabajar me

ayuda a despejarme. ¿Arruinar todo, dices? ¿Cómo podría hacer eso yo, imbécil?

Diego se había asombrado tanto que su reacción daba risa, pero su incredulidad ante el exabrupto de aquella joven que parecía una mosquita muerta, pasó rápido dando paso a una ira descomunal que se acrecentaba en su interior, provocando que su pecho bajara y subiera de manera acelerada.

—¿Cómo podrías? ¡Espantando a todos los clientes! —Rugió el español y añadió. —Además, tu español no es bueno, tienes un acento más marcado que Pawel.

—¡Y una mierda! Mi español es de nivel B2 y mi acento es bastante neutro, incluso hay gente que me dice que parece latino. —Habló Annelise ofendida. Golpeando el suelo con uno de sus pies mientras sus manos se posaban sobre su cintura. Ni siquiera se daba cuenta de lo tierna que se veía con esos tenis rojos, el entrecejo fruncido y ese vestido blanco con florecitas del mismo tono que sus zapatos. Su cabello estaba recogido en una coleta alta que realzaba las facciones de su rostro, haciéndola parecer mucho más joven de lo que era, pero el contorno de sus caderas y su pecho mostraban que era mujer y una demasiado guapa que podía provocar pérdidas de razonamiento en hombres incautos.

—¿Entonces tu español es bueno? —Preguntó Diego sin poder evitar recorrer con su mirada cada centímetro de aquella extranjera cuya presencia alteraba sus nervios.

—No es bueno. ¡Es muy bueno! —Contestó Annelise sintiendo que su cuerpo respondía ante el escrutinio de él. Sentía sus pezones erectos y hasta empezaban a dolerle los pechos como si anhelen ser lamidos por él.

Aquel pensamiento casi la deja sin aliento sintiendo unos calores insoportables. ¡Aquello era surrealista!

—Pues si es tan bueno, dime el Pretérito Pluscuamperfecto del verbo: Cantar. —Le dijo Diego de repente con la ceja levantada. Annelise le miró atónita. ¡Ese tío era un imbécil! ¡De eso no debía acordarse ni siquiera la mitad de los propios españoles!

Le miró burlona porque en ese instante se acordó de cuando estudiaba con su profesora en español, un encanto de mujer que tenía métodos de enseñanza extraños, pero eficaces.

—Te hubiera cantado otra canción, más melosa y dulce si no fueras tan híper mega gilipollas.

—¡Uy, uy la gatita tiene uñas! Mira, pues igual no resulta tan malo trabajar contigo después de todo. —Contestó Diego sorprendiéndola. Parecía divertirse el muy cabrito.

—Si yo soy súper divertida, el que tiene problemas de comunicación graves eres tú.

—¿No me digas? —Preguntó el español, jocosamente.

—Bueno, ya basta de cháchara. ¡Hora de trabajar! —Les reprendió Lucía que en realidad se aguantaba la risa a duras penas, al igual que Juan que se alegraba de corazón porque por primera vez veía a su hermano con ese brillo en los ojos que llevaba tiempo sin aparecer en su mirada.

—Muy bien, ya tengo ganas. —Dijo Annelise

—Te he preparado el desayuno, pero si quieres desayunas allí, hay un pequeño cuarto que sirve para ese tipo de situaciones. —Habló Lucía a Annelise.

—No te preocupes, no suelo desayunar mucho por las mañanas de todas formas.

—Espero te guste la tortilla con jamón york. —Dijo Lucía mientras salía por la puerta principal. El resto iba detrás de ella.

—Pues, sí. Con eso el apetito se le despierta a cualquiera. —Respondió Annelise.

Los cuatro se subieron a un cuatro por cuatro color granate, reluciente, parecía nuevo, recién sacado por las puertas de una gran tienda de coches.

Diego se sentó en el asiento del conductor. Annelise quiso sentarse atrás, junto a Lucía, pero se

le adelantó Juan y tampoco era plan de ponerse entre el hijo y la madre con tal de no sentarse cerca del hombre que aceleraba su corazón y destrozaba sus nervios que de por sí se tambaleaban con facilidad en el día a día. Así que con el cuello estirado como si fuera la reina de Inglaterra se acomodó en el asiento de copiloto.

Diego arrancó, la tienda no estaba lejos para nada si se cruzaban las tierras en vez de dar la vuelta, pero como se estaban trabajando en aquel instante, no debían pisarlas, así que rodear aquella zona con el vehículo era la decisión más acertada.

A pesar de estar poquito tiempo en aquel coche, Annelise se dio cuenta de lo cómodo que era y de que Diego tenía un gusto estupendo, lo demostraba la cobertura de los asientos en cuero y en un color camel hermoso, los reposacabezas que incluso invitaban a uno a dormirse y los incontables aparatos tecnológicos de último modelo que contribuían a la comodidad y a tener un viaje seguro. Era muy pulcro por dentro, tanto como por fuera y eso era un punto a favor del buenorro y avinagrado español.

Cuando llegaron a la frutería a Annelise se le dibujó una sonrisa que iluminó su rostro. Se trataba de un sitio encantador. El delicioso olor de las frutas llegaba a las fosas nasales a pesar de que la puerta de la tienda, que se llamaba igual que la granja de la familia, estaba cerrada.

La entrada estaba decorada por unas macetas de flores e incluso había un banco de madera que habían pintado de color rojo. Dos niños morenos se sentaban allí cantando mientras jugaban con las manos. Todos sonrieron al verlos tan entretenidos y es que uno al recordar la niñez, la mayoría de veces reía con la mirada expresando la nostalgia de tiempos pasados, inocentes y muchas veces, agradables.

—Hola, renacuajos. ¿Qué tal está la abuela con la pierna? —Preguntó Diego asombrando una vez más a la extranjera que iba a ser su nueva empleada. Se veía una persona totalmente diferente con los niños.

—Está en reposo, Diego. Dijeron que le iban a hacer reparación de fractura femoral. —Respondió el niño que al parecer había ensayado muchas veces su respuesta para poder decirlo correctamente, aunque seguía sin salirle del todo perfecto.

—Alex, no era femoral, era fenurral. —Dijo la pequeña con un tono de sabionda, provocando la risa en todos.

—En realidad, pequeña Lili, se dice “Femoral”. —Les corrigió Diego a ambos. Alex pareció apuntárselo mentalmente, mientras que Lili miraba a Diego como si fuera el cielo. Annelise se dijo que con razón encandilaba a las féminas, era demasiado guapo el condenado y la niña tenía un gusto exquisito, no era tonta para nada.

—Entremos adentro. —Sugirió Juan mientras su hermano pellizcaba las mejillas de la pequeña Lili.

—¿Quién vende si no está ninguno de ustedes dentro? —Preguntó Annelise poniéndose alerta al ver desde los cristales a una morenaza alta y bien proporcionada. Parecía una diosa mediterránea a pesar de llevar el delantal con dibujitos de frutas y con esos guantes de plástico transparentes que dejaban entrever a una manicura francesa perfecta.

—Es María, nuestra vecina, su granja se encuentra a menos de dos kilómetros de la nuestra. —Respondió Lucía, mirándola seriamente como si quisiera decir algo sin el uso de las palabras.

—Ella nos ayuda a veces, algunas mañanas durante una hora o así, pero muy de vez en cuando ya que tiene a su granja, es profesora de equitación. —Le informó Juan. A la escandinava le dio la impresión que tanto Lucía como Juan, omitían algo sobre la vendedora sexy que sonreía a la única cliente que muy probablemente era la madre de aquellos críos tan encantadores, mientras le

entregaba una bolsa llena de manzanas verdes.

Al entrar, dentro de la coqueta frutería, el aroma se intensificó. Era delicioso, fresquito y se veía un lugar reconfortante para trabajar. Al ser pequeñito, los clientes que había eran mayoritariamente personas de la localidad y seguramente entre charlas y charlas el día de trabajo transcurría de manera amena.

—¡Buenos días! Hoy venís toda la familia. —Les saludó María diciendo lo obvio y mirando a Annelise de los pies a la cabeza, como si la estuviera analizando, sus ojos parecían llegar hasta el alma de la joven, como si violará su privacidad leyendo el diario de su subconsciente sin pedir permiso.

La clienta se despidió con una sonrisa y una mirada curiosa hacía la extranjera, sin disimular ni nada, al parecer por allí había mucho cotilla suelto.

—Sí guapísima, es que hacía mucho tiempo que no pisaba la tienda. —Contestó Lucía con voz melosa, cualquiera diría que era súper amable con María, pero a Annelise no le pasó inadvertido la exageración de su supuesta amabilidad, esa sonrisa que era falsa y no llegaba a los ojos de la mujer. ¡María no le caía bien!

La joven se mantenía distante y callada, tenía una sensación extraña que le dictaba que mirará y oyera bien todo lo que esa mujer hacía y decía. Una voz interior repetía en su mente como si fuera un mantra: “No la pierdas de vista, analízala, es una enemiga.”

Aquello era extraño, Annelise había oído sobre las intuiciones femeninas y sobre cuán certeras podían ser, pero nunca le había pasado a ella, sentir algo de lo que estaba convencida a pesar de que aquello, aparentemente no tenía lógica, pues no conocía a María, jamás la había visto en la vida y, sin embargo, estaba segura de que estaba mirando una víbora a los ojos.

—Oh, querida Lucía es totalmente comprensible. La granja requiere tu dedicación. —Respondió María con una voz dulce y acaramelada.

La escandinava sentía ganas de clavarle las uñas a aquella mujer de tez oliva y ojos tan verdes como las hojas de los árboles. Una combinación letal de belleza que combinaba con un cuerpo increíble, tonificado y con curvas de infarto.

—Bueno, los chicos también se encargan de eso, yo simplemente alguna que otra vez echo un vistazo. Afortunadamente tú nos ayudas con la tienda, aunque ya no será necesario.

La mirada de aquella morenaza se clavó entonces en Annelise. Lo que sintió la rubia fue intenso, hasta la piel se le puso de gallina. ¡Iba a tener problemas con esa tía! Se veía a leguas. A pesar de que la frutera, guion profesora de equitación, se veía radiante y con una expresión serena, algo en sus ojos denotaba que era de carácter fuerte y una luchadora nata. Además, su aura parecía declarar la guerra a cualquiera que se acercará a Diego, quien siquiera se percataba de lo que estaba pasando en aquel instante. Una guerra fría entre hembras que ningún hombre podía comprender con su mente simplista.

—¿No me digas? ¿Y eso por qué? —Preguntó aquella mujer con la sonrisa iluminando su perfecto rostro de tipo europeo mediterráneo. A Annelise se le asemejó a una hiena disfrazada de corderito, un corderito de piernas largas y caderas prominentes. ¡El mundo era injusto!

—Sí, es que Annelise, nuestra invitada especial que viene desde Dinamarca, va a trabajar durante todo el verano que nos queda en la tienda. Es muy inquieta y le vendrá bien. —Respondió Lucía.

—Oh, qué bueno, así me dedico a mi granja y a mis caballos. Por cierto... ¡Bienvenida a nuestro país, Annelise! —Habló María, pronunciando lo último muy lentamente y mirando hacía la rubia. Probablemente pensaba que no sabía español y por eso le hablaba como si fuera retrasada.

—Gracias, María. Hablo español. — Informó Annelise y cuando la muchacha le sonrió con falsedad y pronunció con esa voz que le daba grima: —“Eso es estupendo, nena”. —Deseó estrangularla, quedando atónita por esa reacción suya tan impropia. Afortunadamente el demonio que al parecer llevaba dentro, se calmó enseguida y de su rabia contenida no sospechó nadie, nadie, excepto Lucía...

—Bueno, es hora de explicar a Annelise cómo funciona esto. Nos vemos otro día María, ven a tomar el café cuando te apetezca. —Dijo Lucía. Claramente la invitación era algo que la mujer decía por amabilidad, pues se notaba tan claramente como la lluvia primaveral que lo que deseaba era despachar a María.

—¡Ni hablar! Pienso ayudar a Annelise, yo misma le explicaré cómo va todo. —Contestó la morena dejando a Lucía y a Annelise con la boca abierta.

—Debes tener un montón de trabajo, pues pronto son las competiciones y tú tienes a tres alumnos de tu escuela que participan. ¡Aprovecha y descansa mujer! —Exclamó Lucía con los ojos abiertos de par en par.

El plan era que Diego y Annelise se quedarán a solas y que las famosas chispas saltarán, pero una española que parecía sacada de una pasarela de Victoria Secret, no formaba parte de aquella ecuación.

—Pues, creo que la idea de María es excelente, así me libero de tener que explicar a esta niña todo lo que debe hacer. ¡Tengo cosas más importantes a las que dedicarme! —Dijo Diego de repente con su voz de ogro y su ceño arrugado, parecía Ebenezer Scrooge, general de la armada llamada: Angustia, sentado en su trono de hielo, luchador contra toda alegría y color en la vida.

—Am, pues yo estaría encantada de enseñar todo a Annelise. —Dijo para colmo María con una expresión dulce, educada y solícita. ¡Parecía Teresa de Calcuta!

—¡Tú sí que eres un mujerón! —Afirmó Diego con una mirada que indicaba sin disimulo la admiración que sentía hacia aquella pava.

Annelise sintió la rabia recorrerla de arriba abajo. Era una combinación de celos letal junto a un dolor inaguantable por no mirarla a ella de la misma manera, sin embargo, una mirada de advertencia por parte de Lucía y Juan le indicaron que debía seguir serena, como si lo que Diego sintiera por otra mujer fuera algo sin mera importancia para ella, como si se lo pasará por el “chichi”, como solía decir la chiflada de Lucía.

—Y tú un hombre de la cabeza a los pies. ¿Sigues entrenando? Tus brazos están cada vez más fuertes, mira que alguna igual se desmaya viéndote. —Dijo la morena y el muy imbécil sonrió de oreja a oreja.

—¿Bueno, empezamos ya? Estoy impaciente. —Murmuró Annelise como si le estuvieran sacando una muela.

—Claro, querida. Lo primero que debes saber antes que cualquier cosa, es la importancia de tratar bien a los clientes. ¡Son lo más importante! Tú pareces un poco seca, pero es normal, los de tu país suelen ser gente fría, ya te enseñaremos lo que es tener salero. —Comenzó María, provocando la risa en Diego.

Annelise pensó que aquella pava estaba rogando que le dieran un puñetazo en toda la jeta.

Con una sonrisa en el rostro, le respondió. Asombrándose del control que tenía de sus nervios y del talento para la actuación que demostraba poseer.

—Oh querida, no te preocupes. Estoy segura de que no tendré ningún problema con el trato con los clientes. Los escandinavos podemos aparentar ser fríos, pero en algunas áreas de nuestra vida somos bien calientes, tanto que podríamos quemar a los que nos subestiman.

La cara de la morena y la de Diego era un poema tras sus palabras. Aquello le produjo una satisfacción increíble. ¡Empezaba bien! Le daba la impresión que probablemente era mucho más descarada, fuerte y pasional de lo que alguna vez había pensado. Tal vez, ese viaje era una forma de descubrir una nueva versión de sí misma.

Capítulo 6

—“*¡Se lo debes colocar en la bolsa! ¡No tan rápido! ¡No trabajes tan lento! ¿Crees que la gente tiene tiempo de esperarte? ¡Sonríe más! ¡No sonrías tanto! ¡Parece que has huido de un psiquiátrico! ¡Annelise, vistete de manera apropiada! ¿Por qué no vistes normal, acaso te crees que esto es una pasarela o un banquete de boda?*”

Annelise ya estaba a punto de pegarse un tiro. ¡Este hombre era inaguantable! Un intratable de mierda que cada vez le gustaba menos.

De hecho, según sus investigaciones en Google, había llegado a la conclusión de que Diego es un narcisista prepotente que sufre de delirios de grandeza.

Para colmo la muy zorra de la equitadora no paraba de venir a la tienda. Siempre se burlaba de ella junto con Diego que de manera muy cruel, participaba en las humillaciones que maquinaba María.

Unas cuantas bromas que a ellos dos les parecían inofensivas, habían logrado hacer mella en el corazón de Annelise, como por ejemplo:

La vez que María le había regalado una caja hermosa de terciopelo y un lazo rojo enorme en el centro. De forma muy inocente, la escandinava había creído que se trataba de un regalo para hacer las paces, pero lo que había en el interior de la hermosa cajita había resultado ser un cacho de caca de caballo que olía al infierno.

Tanto Diego como la morenaza, se habían reído hasta salirseles las lágrimas, mientras los clientes observaban aquella escena horrorizados y Annelise se moría de la vergüenza.

Ella no desistía en su afán de conquistar al español, procuraba seguir las instrucciones de Lucía que la alentaba sin parar. Al principio Juan también participaba, pero desde hacía días parecía estar en contra de todo aquello, sí, estaba muy en desacuerdo con su madre y no perdía la oportunidad de recalárselo y de mostrárselo, aunque su progenitora seguía en sus trece. Se mantenía firmemente a favor de aquel plan que cada vez parecía más irracional.

Annelise estaba en la segunda etapa de aquella estrategia tan extraña y difícil de explicar, cualquiera pensaría que ambas estaban locas, pero es que ya, hasta se trataban como nuera y suegra. Sí, el cariño que habían llegado a profesarse en tan solo una semana, era algo más que asombroso. Las dos eran como mejores amigas, a veces discutían como una madre y una hija, otras, compartían sus anhelos y chismoseaban como dos amigas de toda la vida o inclusive, como dos hermanas inseparables.

—La paciencia es una virtud, niña. ¡Tú no la posees, desde luego! —Le recriminó en aquel momento Lucía, mientras le servía un bol lleno de cereales en forma de unicornio y de colorines. Diego se burlaba mucho de su desayuno favorito, pero a Annelise le chiflaban esos cereales llenos de azúcar.

—¡Sigo en la segunda etapa! ¡El energúmeno que tienes por hijo, siquiera muestra interés! — Se quejó Annelise revolviendo sus cereales con la cuchara y bufando de manera nada apropiada para una dama, como solía decir Lucía que a veces parecía imaginar que vivía en el siglo XV en vez de la actualidad, donde los modales cada vez, importaban menos.

—No ves las cosas con la misma perspectiva que yo, bella. Aunque creo que es hora de que

empecemos a aplicar la tercera regla. —Anunció Lucía con maldad. Su tono indicaba que había llegado el momento de hacerle pasar canutas al imbécil de su hijo que no se daba cuenta del tesoro que tenía ante sus ojos.

Annelise sacó su teléfono móvil donde había apuntado cuidadosamente cada paso que debía seguir para conseguir el cariño del español que sencillamente parecía no estar dispuesto nunca a dar el brazo a torcer.

Regla número dos: ¡Dale sólo migajas! A veces debes ser muy amable y dulce, otras, fría y distante como un iceberg.

Annelise había hecho eso de manera metódica, confundiendo al español, el problema es que no notaba un cambio en su agría actitud hacía su persona. De hecho, era más irascible que nunca y la presencia de María destrozaba todo, pues no formaba parte de aquella ecuación y se metía siempre donde nadie la llamaba.

La rubia, marcó el PIN de su teléfono y la pantalla se encendió, entró en “notas privadas”, y leyó detenidamente la siguiente regla que con todo el estrés se le había olvidado.

Regla número tres: “El erotismo es un arte”, encuentra tu poder femenino y cautívalo.

Annelise tragó saliva, diciéndose que probablemente aquella regla no se le daría bien, pues no era sexy, no tenía una sensualidad y magnetismo, era sosa como una seta.

—Lucía, yo no creo... —Murmuró mientras se metía la cuchara llena de cereales con leche en la boca. Siquiera podía explicar a la mujer, que aquel paso era algo imposible para realizar por su parte. No tenía lo que una debía tener.

Lucía la miró pensativa y sonrió con dulzura.

—Me parece que no tienes autoestima y tampoco seguridad en ti misma.

—Pues... Es que no soy como María... —Contestó con voz bajita, dejando la cuchara sobre la mesa, ya siquiera tenía apetito.

—¡No te compares con otros! Debes comprender que eso es una acción digna de una mujer estúpida, y tú no eres una descerebrada. Simplemente necesitas no temer al mundo, tener la certeza que posees unas capacidades como ser humano asombrosas. ¡La única persona con la que debes compararte es contigo misma! La finalidad es despertar por las mañanas, mirarte en el espejo y comprender que eres mejor que el día anterior.

Las palabras de Lucía, como siempre la hicieron sentir empoderada, capaz de conseguir lo imposible. Ella era muy similar a la hada madrina del cuento de Cenicienta. Le daba cariño y rellenaba la falta que le hacían en algunos momentos sus padres.

Annelise había comprendido algo muy importante durante esa semana lejos de su casa. No importaba la edad, las vivencias, ni el entorno y realidad que a uno le rodeaban... Uno siempre necesitaba el amor incondicional de su gente.

—Hoy estás de descanso. ¿Qué te parece si vamos de compras? Hay un centro comercial a cuarenta minutos de distancia. Podemos incluso comer fuera, hay un pequeño restaurante al que solía ir con mi esposo, tengo unos recuerdos hermosos de aquel sitio y aquella época.

—¡Me parece una idea genial, Lucía! —Exclamó Annelise con emoción. Despejarse un poco le vendría bien. A pesar de que disfrutaba trabajar en la tienda, pues se llevaba estupendamente con los clientes, sobre todo con algunas señoras que siempre tenían una palabra amable para ella, se sentía agotada psicológicamente. El trato de Diego le afectaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—¿Cuál es esa idea genial? —La voz de su pesadilla irrumpió en la cocina. Hasta el sol que daba bienvenida a la mañana, pareció apagarse. Su tono, como siempre era autoritario, con una

pizca de burla y sarcasmo que sacaba de quicio a todos.

—El plan que tenemos para esta tarde con mi querida niña. Iremos al centro comercial de compras. —Respondió Lucía con la mirada chispeante de ilusión. ¡Su actividad favorita, era comprar! Y siempre había echado de menos una figura femenina que hiciera el rol de una especie de “hija”. Por esa razón pasar tiempo con Annelise era algo que la alegraba gratamente.

—¡Desde que está aquí esta mujer, no has parado de gastar dinero por ella! ¿Acaso somos la caridad? —Bramó de repente Diego cortando el aliento de las mujeres que se habían quedado petrificadas. Annelise temblaba sin darse cuenta, pero es que la agresividad que expresaba aquel hombre provocaba en ella un dolor letal que la hacía replantearse muchas cosas.

—¡Cómo te atreves! ¡Cómo te atreves, Diego Fernández! —Gritó Lucía. Parecía tan increíblemente decepcionada y enfadada que Annelise sintió unos remordimientos ilógicos, dada la situación, pues ella no tenía culpa de que la relación entre esas dos personas se hubiera resquebrajado hasta el punto en que Lucía no deseaba mirar a los ojos a su descerebrado hijo.

—¡Tengo razón y lo sabes! —Contestó el heredero de todas aquellas tierras cuyo tono de voz ponía el pelo de punta.

—En la vida has pensado de manera tan incoherente hijo y sé la razón de todo ese comportamiento y ofensas sin sentido hacia Annelise.

—¿Ah sí? Ilumíname, madre. —Dijo aquel hombre de metro noventa, de aspecto muy masculino y comportamiento muy infantil.

—Cuidadito con el tono, hijo. Ya ni siquiera me tienes respeto a mí, la mujer que te parió. —Habló Lucía. El tono de su voz irradiaba poder y su hijo tuvo la decencia de sonrojarse.

—¡Y por supuesto te voy a iluminar! Te diré en la cara hijo, la verdad. ¡Te mueres por los huesos de esta chica! Te da tanto pavor lo que te provoca que la estas rechazando continuamente, pero te digo una cosa, algún día se hartará de esperarte y entonces tú no sabrás qué hacer.

Gritó Lucía, mientras Annelise palidecía debido a la sonrisa burlona que adornaba el rostro de Diego.

—¡De dónde sacas estas estúpidas teorías! ¿Enserio madre, te crees que no sé lo que estás haciendo?

Ignoro qué es lo que te une a los padres de esta tía, pero ya desde un inicio sospeché que hay algo extraño en todo eso de su llegada. ¿Que es testigo de protección? ¡Eso nadie se lo traga! ¿Que eres la mejor amiga de su madre? ¡Eso mucho menos es creíble! Nunca te he oído pronunciar el nombre de esa mujer, nunca te he oído hablar con ella por teléfono, jamás nos enteramos de que tuvieras una amiga tan especial de otro país. No sé todavía lo que está pasando... ¡Sin embargo, me enteraré! Y cuando eso pasé, esa tía que se hace la mosquita muerta se irá de mi casa y de mis tierras a patadas.

¿Os creéis que no entiendo los juegos a los que jugáis? ¡Esta idiota intenta atraparme! ¿Acaso, Annelise te piensas que no veo la forma en que me miras cuando crees que no te veo?

¡La que se muere por mis huesos es ella! Y tú mamá, conspiras a su favor, pero que os quede claro que jamás, jamás en la vida me fijaría en un tipo de mujer como ella.

Señaló el hombre a la mujer cuyo corazón nunca antes había sentido tanto dolor y rechazo. “¿Es eso el amor? Si es así, no quiero sentirlo” Pensaba horrorizada por todo lo que se había humillado ante alguien que no solamente no sentía aprecio por ella, si no que jamás llegaría a respetarla mínimamente.

—Es estúpida. María debe explicarle la misma cosa diez veces porque esta tía no lo pilla a la

primera. ¡No tiene ni idea de tratar con las personas! Es un muermo, sosa y tan aburrida que a su lado me duermo. ¡Debe de ser como una seta en la cama! Y encima es astuta porque siempre que le compras algo, lo acepta. ¡Esta tía ha venido aquí por comida y techo gratis!

Annelise sentía tanto dolor que era como si la dieran golpe tras golpe sin contemplación. Se sentía tan humillada y desdichada... La cabeza empezó a darle vueltas, sentía ganas de vomitar y su respiración alterada no obedecía a sus órdenes de calma. Su cuerpo temblaba y una alarma de color rojo emitía sirenas en su cabeza, provocando en su interior el sentimiento de huir, de ir a algún lugar desierto donde estuviera ella junto al latido desbocado de su corazón y sus propios pensamientos. Sin nadie que la insultará, sin nadie con quien tuviera que hablar, solamente ella y el desierto...

La rubia no se daba cuenta, pero sus lágrimas bañaban su rostro por completo y sus piernas echaron a correr como si el diablo la estuviera invocando.

Lucía suspiró y miró a su hijo decepcionada mientras susurraba derrotada. —“Lamentarás mucho tu decisión, pero es tu vida. Si quieres seguir ligando con cualquier mujer del calibre de María, no soy quien para cambiar tu pensamiento. De hoy en día respetaré tus elecciones”.

—¡Ya era hora! —Exclamó Diego con una sonrisa y añadió. —Y dile a la niña que no se me acerque más.

—No creo que lo haga. —Respondió Lucía de forma agría y se fue tras su niña. La quería como una hija y la culpabilidad de haberla ilusionado con algo que claramente no era como ella había pensado, empezaba a mortificarla. La pobre se había humillado continuamente por la atención de Diego, pensando que tenía una posibilidad con él, fruto de sus constantes chacharas que la hacían creer eso, pero, es que... Ella había visto la manera en que él la observaba a escondidas... ¿Cómo podía haberse equivocado tanto?

Corrió hasta la joven respirando con dificultad. “Lucía, ya no estás hecha para esto”. Se decía la mujer, mientras observaba el rostro de Annelise que estaba descompuesto.

Las dos caminaron en silencio, Lucía sabía que ella no necesitaba hablar en ese preciso instante.

La mujer miró su reloj de pulsera plateado, habían quedado a esa hora con sus amigas del club de lectura, justo frente a la fuente que adornaba la pequeña plaza que habían construido hacía un par de años.

Había querido desde hacía días presentar a Annelise a sus amigas, pero no había podido ser ya que una integrante de aquel club que llevaba formado un tiempo bastante considerable, había tenido problemas familiares. Su hijo menor había tenido un accidente con la moto y la preocupación de la buena mujer había hecho que el resto no se reuniera tampoco, pues sin ella no era lo mismo. Afortunadamente, el chico ya no estaba en peligro y todo volvía a la normalidad. Sus heridas eran superficiales, aunque debía guardar reposo al menos durante un par de días más.

Giró hacia la izquierda y Annelise la siguió por una callejuela de piedras y muros tan antiguas como las momias de Egipto.

En España muchas veces faltaba el dinero o el orden político, pero algo que diferenciaba a este país de la mayoría era su extensa y rica historia que podía observarse en cada esquina. Muchos extranjeros quedaban sin aliento al sentir el poder que desprendían las construcciones que mostraban al tipo de gente que había pasado por allí: Celtas, romanos, árabes, griegos, visigodos, bizantinos, vascones, sefardíes... Toda España era un libro de historia abierto para todo el que quisiera ver.

Pronto la fuente se mostraba orgullosa ante la vista de las dos mujeres. Un paisaje compuesto por lo antiguo y lo nuevo que hacía una simbiosis perfecta.

Un Cabriolet de color rojo chillón estaba escondido por detrás de los muros, que llevaban hasta un parque hermoso, donde solían acudir las madres junto a sus hijos para descansar mientras estos jugaban. Tan sólo se veía la mitad del clásico coche.

—Son ellas, cielo. Ya verás que la pasaremos bien en el centro comercial. —Dijo Lucía, pero la joven no contestó.

Una mujer de la edad de Lucía, corpulenta y de cabello castaño clarito salió en su encuentro, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Finalmente, llegáis! Mercedes me ha enviado cinco veces para ver si veníais, por si no veíais el coche. —Dijo la mujer con expresión feliz que se borró de inmediato al ver las caras serías de Lucía y Annelise.

—¿Por qué aparcasteis allí? —Preguntó Lucía haciéndole señales a su amiga con la mirada, para que no le preguntará nada a Annelise que parecía ausente de aquella situación. Era como si su cuerpo se encontraría allí, pero su espíritu, su alma, viajaba a otra parte, desconocida para el resto de mortales.

—Mercedes ha robado el coche a su marido. Javier acaba de adquirir esta maravilla en una subasta, ya sabes que de joven siempre soñaba con tener uno como este. —Respondió Mar, sin apartar la vista de la joven extranjera.

—Oh, entiendo. Claro como él se la pasa todo el día en el bar de Ramón que está cerca... — Reflexionó Lucía mientras movía la cabeza como si su amiga fuera imposible. Mar asintió con entusiasmo y riendo, mientras todos los collares de abalorios que llevaba se movían por sus bruscos movimientos.

—Bueno vamos, no hagamos esperar a Mercedes e Irenka. —Dijo Lucía y se encaminó hacia el Cabriolet, mientras las otras dos la seguían. La primera confundida por la expresión de la joven y la segunda, totalmente lejana, en la luna de Valencia, caminando como un autómatas.

Lucía, lógicamente llegó antes y entro dentro del vehículo. Iban a estar bastante apretujadas, pero daba igual, el camino que las esperaba no era largo.

—No hagáis preguntas ni nada, en cuanto lleguemos al centro y se calma mi niña, hablamos con ella. —Dijo rápidamente la mujer, dejando a sus amigas boquiabiertas. Hablaba por teléfono a menudo con ellas y más o menos estaban al tanto de todo lo que ella había planeado junto a la que creía que sería su nuera en un futuro.

—Supongo que son noticias malas... —Dijo Mercedes acariciando el volante con una mirada maliciosa. Su esposo solía castigarla de maneras muy gratas cuando esa hacía travesuras. Era impresionante, pero esos dos tenían una pasión desmedida, igual que la primera vez que habían contraído matrimonio, el amor que se profesaban no había disminuido, se complementaban perfectamente, como si fueran las piezas de un puzle.

—Pues sí, Mercedes... Me equivoqué en todo. —Contestó Lucía y se quedó callada al ver llegar a Annelise y a Mar.

Estaban tan apretujadas que les costaba respirar y eso que aquel coche era un descapotable maravilloso que recordaba a las películas de los años noventa.

Annelise estaba entre Irenka y Mar, mientras que Lucía iba en el asiento de copiloto, al lado de Mercedes que era la conductora y ladrona de aquel cochazo.

Mercedes puso la música, harta del silencio que la agobiaba. Pronto sonó Christina Aguilera, su cantante favorita, de esa forma, por fortuna el viaje se hizo más ameno hasta que finalmente

llegaron al pequeño centro comercial que a pesar de sus dimensiones, era moderno y no tenía nada que envidiar a los grandes centros, pues adentro una podía encontrar lo último en moda y maquillaje, además de otros productos importantes para el diario de una persona.

La conductora aparcó en el parking. Las cinco salieron del coche y por primera vez Annelise se fijó en ellas detenidamente.

Eran unas mujeres elegantes y con mucha chispa. La más recatada era Irenka, pero incluso en esta se podía notar la energía fuerte y las ansias de vivir. Mujeres llenas de vida y gracia. Solo se las podía describir de esa forma. Tenían estilos diferentes de vestir. A Mercedes le gustaban los colores y patrones divertidos. Tenía un aire sensual y divertido. No les temía a los estampados, los combinaba muy bien, usando dibujos de frutas, animales exóticos...

Mar era una fan de los collares, anillos y complementos cuanto más grandes mejor. Parecía poner especial cuidado en su cabello rizado y con un corte muy a la moda, incluso las gafas que llevaba combinaban con su atuendo.

Irenka vestía de colores oscuros, era elegante y tenía un rostro de facciones suaves combinada con una piel de porcelana. No llevaba muchos accesorios, su estilo podía ser calificado de soso, pero si uno se fijaba, podía ver que sí le gustaba vestirse bien, solo que su personalidad era comedida.

Y luego estaba Lucía cuyo estilo era la elegancia pura, y es que la mujer sabía cómo llevar cualquier prenda, con alta dosis de seguridad en sí misma, algo que Annelise admiraba en secreto. Su madre no era así, más bien, a veces vestía como hippie y no prestaba mucha atención a su look.

—Hay bastantes personas hoy. Miren, el parking está lleno de coches, aunque el mío es el mejor. —Dijo Mercedes provocando la risa en todas.

—¡Querrás decir el coche de tu marido, guapa! —La corrigió Lucía, pero su amiga no la hizo ni caso, estaba claro que su esposo tendría que conformarse con conducir aquella maravilla de vez en cuando, pues Mercedes ya se había adueñado del descapotable en cuerpo y alma.

Entraron, la música que se oía de fondo junto con el ambiente, lograron hacer sentir un poco mejor a Annelise que había recibido el rechazo de su vida. El desamor dolía horrores y no quería volver a experimentar eso jamás.

Observó a un grupo de alumnos, de entre ocho y diez años, estaban junto a su profesora, una joven que rondaba su edad. Annelise repentinamente echó de menos a su antiguo trabajo, a sus niños que llevaba sin ver mucho tiempo, desde el fatídico día en que había presenciado la violación de una pobre desgraciada a la que había logrado salvar, poniéndose en peligro ella misma con esa buena acción.

—Chicas, antes de las compras tomemos algo. Un buen cafecito o incluso una copa de vino si el alma necesita alcohol, hay que dárselo. —Dijo con seriedad Mercedes.

Todas asintieron y se dirigieron hacia una cafetería decorada con gusto, con colores crema donde más que nada predominaban los rosados. La dueña o el dueño debía ser fan del color, porque hasta las sillas eran de ese mismo tono.

Se sentaron y pronto les atendió un maître que se comía con los ojos a Annelise. Era un joven de buen ver, con su cabello castaño y rizado, y sus grandes ojos grises.

—¿Qué os sirvo hermosas? —Preguntó con un tono de voz que irradiaba simpatía.

Las chicas encantadas pidieron una copita, probablemente iban a comer también, porque venía un olor delicioso desde la cocina de aquella cafetería/restaurante que provocaba el rugido de sus tripas.

Lucía ya conocía ese sitio, se notaba que era especial para ella y que había sufrido cambios, evolucionando con una decoración muy actual.

El joven apuntó todo y antes de darse la vuelta para marcharse, le guiñó un ojo a Annelise que se sonrojó hasta la raíz del pelo.

—Por cierto, Mar. No te pregunté ya que te vi de buen humor, supongo que Carlitos se encuentra bien del todo. —Quiso saber Lucía y su amiga resopló mientras respondía.

—Este hijo mío es tonto. Para chulearse ante la hija del vecino hizo el tonto con la moto. Algún día me va a dar un infarto, querida Lucía.

—Pues anda que el mío... Rechazar a semejante Barbie como mi Annelise. —Se quejó Lucía y la rubita se sonrojó aún más, llegando a ser entrañable para todas aquellas mujeres que conocían mucho más mundo que ella.

—Además de un club de lectura, ¿os soléis quejar de los hijos? Como un club de madres desesperadas... —Preguntó la escandinava provocando las risas de las mujeres.

—Es un club de lectura, compartimos el amor por el arte, cotilleamos y nos quejamos. ¡Sí señor! En este círculo sabemos que podemos hablar de absolutamente todo, así que además de hablar de literatura, charlamos sobre nuestros sentimientos, nuestras rutinas diarias, problemas, noticias buenas... Es casi como una terapia entre amigas.

Contestó Irenka. Su acento era marcado como su marido, pero a ella le quedaba dulce, tenía una voz muy bonita.

Annelise respiró hondo, pensando que en ese momento necesitaba eso. Aquello era de locos, al principio deseaba abrazar la soledad, pero ahora en aquel preciso momento, sentía que quería compañía, sentirse arropada y no un fracaso total.

—¿Necesitas hablar? Estamos para escucharte Annelise. Verás que hablándolo te sentirás mejor. —Dijo Mercedes y ella, se dispuso a hacer algo bastante difícil para su persona, abrir su corazón a otras personas, gente que no era de su familia, no eran nada suyo y, sin embargo, mostraban que se les podía confiar.

Justo iba a abrir la boca cuando vio algo que le revolvió las tripas. Diego estaba con María riendo y pasándola bien. Ella iba cargada con bolsas de marcas muy buenas y su mirada brillaba de felicidad. Él estaba relajado, también parecía contento, se veía que se sentía a gusto con ella.

Annelise apartó los ojos y miró su copa de vino mientras sus acompañantes observaban lo que ella veía sin disimulo.

—A mí me da que tu hijo se está enamorando de esta zorra. No lo entiendo, debería darse cuenta de que es una manipuladora de primera. Si se ha casado dos veces y en los divorcios se ha quedado ella con todo. ¡Sin haber parido ni nada! Para que luego digan que los derechos de la mujer se aplastan constantemente. ¡Ya ves, la igualdad de género!

Habló Mar con odio, pues conocía de buena tinta a María y sobre todo, conocía muy de cerca de su astucia, era su sobrina... Había salido igualita a su madre, sin escrúpulos, materialista y una actriz de primera.

—Siempre han sido amigos, pero desconocía esto... —Dijo Lucía con una voz que indicaba lamento. Annelise la miró y sonrió como si le estuviera diciendo: *No pasa nada*.

Era una sonrisa muy triste. Partía el alma en pedazos de dolor.

Capítulo 7

—Mamá, ¿cómo estás? —Preguntó Diego, mientras todas las que estaban en la mesa lo miraban con odio. Todas, excepto Annelise que había bajado la cabeza, temiendo mirarlo a la cara.

—Estamos bien, hijo. ¿Cómo, tú por aquí? No sueles venir al centro comercial casi nunca. — Le respondió Lucía mientras sus ojos lanzaban fuego hacía María que sonreía como tonta.

—Bueno, a María le apetecía y a las mujeres tan hermosas hay que complacerlas. —Dijo Diego que parecía lanzar indirectas. Él miraba hacía Annelise, pero ella no levantaba la cabeza, no quería volver a verlo. Era extraño, pero de estar ansiosa por poder verlo constantemente y recrearse en los rasgos que componían su rostro, había pasado con rapidez a desear olvidar todo lo que admiraba de su físico e incluso de su personalidad, porque sí, había muchas cosas que en secreto idolatraba en él, como por ejemplo: Su dedicación al trabajo, la manera en que protegía a los suyos, su sonrisa sincera cuando la dedicaba a algún crío, le encantaba que intentará enseñar cosas valiosas a través de consejos a los más pequeños que solían acudir a la tienda, junto a sus padres. Su inteligencia, él siempre sabía qué hacer en cualquier situación, por muy agobiante que fuera. Uno podía aprender muchas cosas de Diego. No sentía rencor que él no correspondiera a sus sentimientos, pero se sentía avergonzada de insistir en algo que claramente no tenía ni pies ni cabeza.

—Diego es un sol. Me ha comprado todo esto, me ha consentido como una princesa. ¡Annelise, mira que colgante más bonito! Me lo ha regalado Diego. —Habló María con una emoción exagerada, tanto que llegaba a parecer falsa. Su voz melosa revolvía las entrañas, pero Annelise se armó de valor y levantó la cabeza para ver a una joya exquisita. Un colgante de plata, con forma de corazón, adornado con piedritas brillantes que le daban aspecto de lujoso. Los acabados de la joya eran de gran calidad, la cadena fina y resplandeciente... Cualquiera mujer se quedaría anonadada con tenerlo en su cuello, además a María le resaltaba mucho porque llevaba una camiseta negra y su tono de piel oliváceo hacía que se la viera puesto de anuncio.

—Es muy, muy bonito, María. —Dijo con sinceridad. Admirando realmente la forma en que le quedaba el colgante a la morenaza.

En ese momento vino el maître que las había atendido antes. En sus manos llevaba un cremoso pastel de fresas, nata y chocolate. Solo con verlo una se llenaba.

—Es para la señorita. Se veía triste y mi abuela siempre dice que no hay nada que un buen pastel no arregle, excepto el colesterol, pero el ánimo que es lo que más importa, sí que lo pone en su lugar. —Dijo el chico, dejando el pastel ante Annelise que lo miró sonrojada, tan roja que se parecía a un maldito tomate. Sus mejillas ardían por la vergüenza.

—Gracias... —Murmuró por lo bajo la rubita mientras el joven le dedicaba una hermosa sonrisa, digna de un anuncio.

—¿Cuánto cuesta? —Preguntó Lucía sacando su billetera, pero el chico la detuvo con un gesto con la mano y dijo. —Regalo de la casa.

Acto seguido, se marchó, no sin antes guiñarle el ojo a la escandinava de forma descarada.

—¡Por dios! ¡Arregla esa cara que la gente te tiene lástima! —Gritó Diego y todas lo miraron con asco, excepto María que parecía aguantarse la risa.

—¡Se acabó! ¿Qué diablos, es lo que haces, Diego? —Le gritó Lucía, harta de la situación. Parecía que su hijo deseaba espantar a la chica para que esta se marche lo más pronto posible, pero aquello era imposible. Annelise debía saber muchas cosas que desconocía, tanto Inga como ella habían decidido que era hora de contarle a la joven la verdad. A veces, proteger a alguien podía resultar una tarea horrible...

—No, Lucía. Déjale. Ya me apaño esta vez yo solita. —Habló Annelise dejando a su hada madrina sorprendida.

Una fuerza divina se apoderó del ser de Annelise, por primera vez en la vida sintió que tenía las agallas de decir en alto lo que pensaba, de pisar y morder si hiciera falta, por primera vez se sentía capaz de defenderse en vez de huir de un conflicto y enterrarlo como si nunca hubiera existido. Hacer frente a las cosas era la mejor decisión y ahora lo comprendía a la perfección.

Era como si su mente se hubiera aclarado de un instante a otro, como si supiera las respuestas a todas sus dudas y tuviera la valentía de actuar acorde a la situación.

Diego no había parado de humillarla desde que había llegado. Ahora recordaba cada burla, cada broma de mal gusto, cada palabra hiriente, cada mirada que la dedicaba llena de burla, asco, odio...

Ni siquiera la había dado una oportunidad de conocerla. La juzgaba como si fuera Dios y tuviera derecho a eso. ¡Merecía que alguien le pusiera en su lugar!

En ese mismo momento, él miraba con esa expresión llena de altanería, su ceja levantada, como si lo que ella dijera a continuación pudiera ser lo más ridículo del mundo.

Lo que más odiaba al estar cerca de ese hombre que sin saber cómo, le había robado el corazón, era sentirse poca cosa para él, de forma constante, de no ser nunca suficiente para él. ¡Era hora de que las tonterías terminaran de una vez por todas!

—La vida es una consecuencia de sueños e ilusiones que producen una ecuación de lágrimas o risas. El hecho de que hayas sufrido, no significa que tengas la desfachatez de aplastar a cualquiera como si el resto de gente fuéramos unas hormigas. Todos tenemos miedos, inseguridades con los que debemos luchar, pero en el momento en el que te permites hacer daño gratuito a los demás, te conviertes en alguien asqueroso, en alguien débil y ridículamente estúpido. Me tienes harta y cansada, tu reacción me resulta penosa. Si no quieres nada conmigo es totalmente aceptable, pero humillarme, no pienso permitirlo más. No entiendo si lo que te sucede es cobardía, inseguridad, espejismo, una manera de jugar tras las sombras, acompañado de la burla.

Te puedo asegurar que de mí no volverás a recibir nada. Ni una mirada, ni un pensamiento, ni un latido de mi corazón. No estoy dispuesta a entregar algo tan preciado a alguien que valora a las personas al mismo precio que a las sandías de tu tienda.

Creo que eres un hombre despreciable, tan astuto como una puta, manipulador, creído y un maldito narcisista. Tú proteges un corazón que está helado por olvidar su propia existencia. Late solo por latir, respiras por respirar, pero en ti no hay vida, no hay ni un poquito de alegría...

Crees que tu inteligencia marca la diferencia, y sí eres inteligente, pero un necio en cuestión de sentimientos. Un ingenuo que no reconoce sus propias emociones. Crees que eres un león orgulloso, pero, lamentablemente eres un simple gatito herido. Tú no mereces ni un suspiro mío.

Annelise acabó su discurso respirando con dificultad. Las expresiones de María y Diego eran de pasmo total, mientras que el club de lectura la miraba con asombro y cierto orgullo. La joven no parecía poseer agallas, pero un libro nunca se debe juzgar por su portada y eso acababa de demostrar aquella mujer que, en un país extranjero, acababa de adueñarse de la situación, marcar

territorio como un colonizador.

—Vámonos de aquí cariñito, al parecer Annelise no entiende de bromas.

Habló María tirando del brazo del hombre como si fuera su perrito ansioso. Él la siguió tenso, apretando la boca tanto que sus dientes debían chirriar.

Cuando al fin se fueron, Annelise suspiró, soltando todo el aire que había contenido.

—Bien hecho mi niña hermosa. —Dijo Lucía con orgullo, pues tenía una leve imaginación de lo complicado que debía de haberle resultado a Annelise, explotar de esa forma.

—¿Te has quedado a gusto? —Preguntó Irenka con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues sí. ¡Es genial que le insulte yo, para variar! Por cierto, Lucía... Como comprenderás nuestro plan alocado finaliza aquí. Sin embargo, tengo mucha curiosidad sobre cuáles eran los siguientes pasos, las reglas a continuación... —Preguntó Annelise con los ojos entrecerrados. Lo cierto es que tenía mucha curiosidad.

—Oh querida, comprendo perfectamente que no sigamos con el estúpido plan. ¡Él no lo merece! Su padre era igual de testarudo, ni sé cómo llegue a atraparlo. —La mirada de la mujer se oscureció como una noche exenta de estrellas. El recuerdo de un amado que jamás volverá debía ser uno de esos dolores que marcaban a fuego lento. Sin embargo, pronto recuperó su expresión habitual, demostrando fuerza de voluntad.

—Ehm, en cuanto a las reglas... Después de acostarte con él, debías evitarle totalmente. Es decir, aplicar la ley del hielo, desestabilizar su mente hasta el punto de crearle dependencia por ti. Después, debías celarle, y crear en él, inseguridad, miedo de perderte. Y la última regla... Esa no tienes porque saberla, no vale la pena, hemos visto que estábamos equivocadas, sobre todo yo. —Explicó Lucía dejando a Annelise petrificada y aterrorizada. ¡Esa señora maquinaba al igual que un político en víspera de las elecciones!

Sus amigas no estaban flipando, lo que demostraba que eran tan chifladas como ella o más.

—Mira Lucía, debes acudir a un buen psiquiatra. No es raro que a tu edad la gente vaya... —Dijo Annelise y todas estallaron en risas. No se ofendieron para nada, pues la expresión de asombro en la chica era para morirse de risa.

—Vamos a hablar de otra cosa. Quiero conoceros, mejor. —Dijo Annelise deseando olvidar el tema de Diego para siempre. Se sentía muy dolida, no tanto por su rechazo, más bien por su falta de respeto... ¡A quién quería engañar! ¡Sobre todo era por su rechazo!

Las mujeres asintieron y el tiempo pasó entre charlas, compras y risas. Algo que para Annelise fue casi terapéutico.

Conocer al club de lectura había resultado de lo más divertido y en definitiva, en cuanto llamará a su madre a las ocho en punto de la tarde, que es cuando quedaban para charlar por Skype, se lo contaría.

Su madre no sabía del asunto de Diego, al menos no todo y Annelise se alegraba de no contarlo, pues sentía vergüenza y humillación y no lo comprendía porque ella no había hecho nada malo. ¿Acaso gustar alguien, apreciarle y admirarle era un pecado?

Al llegar a casa, siquiera pasó por la sala de estar. Prefirió ir directa a su habitación y pasó de cenar. No le apetecía nada. Deseaba una maratón de series de Netflix y desconectar.

Siquiera quería pensar en el día de mañana, cuando debía trabajar con ese hombre horas, uno al lado del otro... Deseaba dimitir, pero una voz en su interior le decía que, si lo hacía, él sabría por completo lo mucho que la afectaba y no estaba dispuesta a perder el último rastro de orgullo que le quedaba.

Capítulo 8

—“Tú puedes Annelise” —Se decía a sí misma la joven danesa. Dándose ánimos para ir a trabajar.

Se vistió de manera simple, colores neutros y un maquillaje natural y suave.

Todas las mañanas él la esperaba con el coche e iban juntos. Durante el camino ella intentaba entablar una conversación y siempre acababa sin éxito.

Sabía, gracias a Lucía sobre sus intereses. El tipo de movimiento político que seguía, su color favorito, su comida preferida... Se había aprendido como un manual todo acerca de él, escuchando horas interminables a la progenitora de ese, con sumo interés.

Miró con tristeza su reflejo en el espejo y se dijo que debía dejarlo atrás.

Bajó por las escaleras. Lucía la esperaba con algo envuelto en papel albal. Probablemente era tortilla con queso, juzgando por el aroma que llegaba a sus fosas nasales. Sonrió sin poder evitarlo. Se preocupaba tanto por ella... ¡Ya sentía que tenía dos madres!

Le dio un beso en la mejilla y agarró la tortilla a pesar de que hambre no tenía. Se encaminó hacia afuera. Parecía que Lucía quería decir algo, pero finalmente se quedó callada.

Annelise se preparó mentalmente para ver a Diego. Iba a ser una situación un poco violenta, pero ni modo, debía pasar por el mal trago.

Se quitó una pelusa imaginaria antes de caminar hacia el coche. Juan llevaba días fuera de la casa, estaba en un congreso sobre la agricultura y Annelise ya deseaba verlo, abrazarle. Lo quería como a un hermano y sus consejos y bonitas palabras siempre la calmaban.

Abrió la puerta y se sentó en el asiento de detrás. Apretó las manos, como siempre, él ni la miró y arrancó.

El corto viaje discurrió en un silencio tenso. Cuando Diego aparcó, Annelise sin tardarse salió disparada y entró en la tienda. Preparada para comenzar una jornada laboral que esperaba, se pasará rápido.

Se puso el delantal, la redecilla en el cabello que pulcramente había recogido en un moño primoroso, y se centró en los clientes que por desgracia no venían en multitud. Cuando había menos gente, el tiempo se pasaba lento, como los pasos de una tortuga.

Las horas pasaban mientras ella, como un autómatas se dedicaba a saludar y a vender frutas. Ese mismo mes, las sandías se compraban como el pan recién hecho. Annelise lo colocaba todo con esmero y sonreía a las personas, lo cierto es que se distraía de esa manera y deseaba que llegasen aún más clientes, pero no había suerte.

A las dos en punto, iban a cerrar y descansar hasta las cinco. Annelise deseaba con ansias ir a casa y echarse un ratito en su cama y ver alguna película. ¡La tarde perfecta!

—¡Devuélvelo! —La voz chirriante de María la sacó de sus cavilaciones. En toda la mañana ni siquiera la había prestado atención. Pues no valía la pena, ella era tan odiosa como siempre. La pisaba “sin darse cuenta”, la insultaba de forma indirecta ante los clientes, pero Annelise hacía oídos sordos. La mujer en cuestión, le importaba un comino.

—¿Perdona? —Preguntó extrañada.

—¡Diego! —Gritó la morenaza con fuerza y por un segundo Annelise pensó que se romperían los cristales de las vitrinas.

El aludido acudió de inmediato. Se encontraba en el almacén de la tienda cuando María había gritado, desgañitada.

—¿Qué es lo que sucede? ¿Qué son estos gritos? —Bramó el hombre. Sus ojos verdosos brillaban de furia y por supuesto, fulminaban a Annelise como si esta fuera el anticristo.

—Eso mismo me pregunto yo. —Contestó Annelise con tranquilidad.

—Cariñito esa maldita me ha robado el colgante. ¡NO ESTÁ! Y le tengo mucho aprecio porque me lo regalaste tú.

Annelise se quedó paralizada. Si es que le ocurría una desgracia tras otra. ¿Qué diablos hablaba esa mujer? Y con tanta seguridad...

—Yo no he tocado nada tuyo, te lo juro María. —Respondió impactada, pero la mujer seguía diciendo lo mismo, acusándola sin parar de algo que Annelise odiaba, de hecho las dos cosas en el mundo que más la asqueaban era: El robo y la hipocresía.

—¿Qué comprueba en su bolso! ¡Seguro lo metió allí! —Dijo María, señalando el bolso que también podía usarse como mochila. El modelo acababa de salir y muchas mujeres se habían comprado ese tipo de bolso para estar a la moda.

—¿Es este, el de la sillita? —Preguntó Diego mientras iba y sin permiso agarraba el bolso, abriéndolo y tirando todo su contenido al suelo.

Annelise estaba boquiabierta. ¡No podía creer lo que estaba pasando!

Entre todas aquellas cosas, la cadenita del colgante brillaba y captaba la atención sobre el suelo immaculado.

Diego agarró la fina cadena y la levantó con la expresión dura, estaba furioso y parecía estar a punto de estrangular a alguien.

En dos zancadas ya se encontraba ante la rubia, agarrando su fino cuello entre su gigantesca mano que era del tamaño del rostro de Annelise.

—¡Maldita sea! ¿Cómo puedes caer tan bajo? —Siseó contra sus labios.

Ella se maldijo al sentir la electricidad que envolvió su ser al sentir su aliento, fresco de menta.

—Yo no robé nada, este...

—¡Deja de negar lo evidente, joder! —Diego gritó en su cara, y apretó más la delicada piel de su cuello. Annelise se quejó con un gemido ahogado, pero su casi silenciosa protesta no fue oída y si lo fue, al que le afligía el dolor, no le importó.

En ese instante entró una clienta que se había marchado hacía una hora. La mujer miró con horror la escena y al ver el estropicio en el suelo, jadeó de indignación.

—¡Pero, cómo osáis a tocar mis cosas! —Dijo la clienta saliéndole humo por las orejas. Parecía un toro hecho furia.

—¿Sus cosas? —Cuestionó Diego sin entender nada. Su rostro mostraba con la claridad del agua lo confundido que estaba.

—¡Este bolso es mío! Hace una hora o así estuve aquí y se me olvidó allí, en la silla. Hace un par de semanas tuve un accidente y debo mover el pie lo menos posible, como había cola, la rubia fue amable y me prestó la silla. A la hora de marcharme se me fue por completo que mi bolso se había quedado allí. ¡Lo recordé cuando llegué a casa!

Se explicó la mujer roja como un tomate, pues se le habían caído hasta las compresas.

—¿Se puede saber por qué lo habéis registrado? —Preguntó la clienta, ya más calmada.

Diego soltó a Annelise que por fin pudo respirar con normalidad. Se tocó el cuello instintivamente mientras él evitaba mirarla y decía a la mujer que intentaba recoger sus cosas del

suelo con rapidez.

—Le pido mil disculpas, fue todo un malentendido. Debido a las molestias le puedo hacer un descuento durante una semana entera en la tienda. ¿Le parece?

La mujer asintió con energía. Era un buen trato y se evitaban futuras miradas cargadas de odio o conflictos. Además, las frutas de Tierra Viva eran las mejores, siempre frescas y de un sabor único.

María, a la cual nadie prestaba atención estaba pálida como una pared.

Annelise fue hasta el pequeño cuarto donde a veces desayunaban o comían. Agarró su mochila y la colocó en su hombro. Era igualita a la de la mujer, no se las podía distinguir.

Cuando salía, dispuesta a irse a casa y por supuesto, no trabajar más en aquella tienda, oyó los gritos de Diego y María. Se les debía de oír desde kilómetros de distancia.

— *¿Cómo has podido? ¿Cuál era la necesidad de culparla de un robo?*

— *Amorcito yo no fui, es todo un malentendido. ¡Lo ha amañado la mosquita muerta!*

— *¡Me vuelves a llamar amorcito y sales de aquí a patadas! De hecho, no quiero volver a verte ni cerca de mí, ni cerca de mi familia, ni de la tienda y mucho menos, cerca de ella.*

Annelise no quiso oír más. Salió de allí sin prestarles atención y decidió ir caminando. Un paseo no le vendría mal.

El aire caluroso era agobiante, demasiado calor hacía en aquel lado del mundo.

El moño de Annelise se había desecho y los pequeños pelitos rebeldes se pegaban en su frente perlada. Debía de tener unas pintas estupendas, se decía a sí misma, mientras saludaba a cualquier conocido que veía por la calle. A esa hora la gente ya se iba a sus casas a comer y luego a echarse una siesta que era lo mejor del mundo.

Eso era lo que más le fascinaba a Annelise de España. Lo relajada y animada que era la gente, la buena forma en la que veían la vida a pesar de los momentos agrios. Los españoles eran, el ejemplo perfecto de cómo hacer limonada con los limones que te daba el mundo.

Mientras caminaba haciendo planes mentalmente, sobre lo que haría el resto del día, una bicicleta de color rojo llamó su atención, pues la cara del que montaba la bici, le sonaba mucho.

¡Era el chico del pastel!

—¡Tú! —Saludó él en cuanto la reconoció.

—Hola. —Dijo Annelise con timidez.

—¿Qué haces por aquí?

—Bueno yo trabajo cerca, quiero decir, trabajaba.

—¿Vuelves a casa?

Annelise asintió sintiendo sus mejillas sonrojadas, pues ese chico se la comía con la mirada.

—Pues sí.

—Me llamo Franco, te llamas Annelise, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—La señora de los abalorios repitió muchas veces tu nombre en la cafetería y tiene una voz prodigiosa, se la puede oír desde el otro extremo de España.

La ocurrencia del chico, que debía rondar su edad, la hizo gracia a Annelise. Parecía simpático y su interés por ella era sincero, lo podía ver en cada gesto, en cada lenguaje corporal suyo.

—¿Quieres que te lleve? Vivo en la otra punta, pero no me importaría.

—¿Cabemos los dos?

—Sin problema.

De repente Franco extendió el brazo y acarició el cuello de Annelise.

Ella casi da dos pasos hacia atrás, pero se contuvo. Él no parecía tener malas intenciones. Acarició con las yemas de los dedos las marcas de los dedos de Diego, el tono rojo contrastaba con la palidez de la piel de la escandinava.

—¿Qué te ha pasado? —Preguntó él. Annelise iba a responder, pero una voz que conocía muy bien, ya que además de oírla cada día, la soñaba regularmente por las noches, la interrumpió.

—¡Annelise! ¡Sube ahora mismo al coche!

La aludida se giró quedando de frente con su pesadilla. La expresión de él imponía. Su mandíbula tensa, sus ojos parecían lanzar llamas.

Annelise sintió todo su ser revolucionar ante esa fiereza, pero inmediatamente se recompuso y con frialdad respondió.

—No te preocupes, me lleva a casa Franco.

—¡Mueve el culo aquí ahora mismo! —Rugió este. Provocando que la escandinava jadeara de indignación.

—¡No! —Gritó en respuesta ella y casi se le sale el corazón cuando le vio salir del coche y caminar hacia ella y Franco como un tigre enjaulado.

—Sube al maldito coche Annelise o te juro que te pongo el trasero rojo.

Dijo Diego y su mirada indicaba que no admitía negativas.

—¡Quién se cree este tío! La señorita te dijo que no quiere subir, así que majo, vete antes de que llame a la chusma. —Habló Franco poniéndose delante de Annelise, como si estuviera protegiéndola.

Aunque Franco era un chico corpulento, ni de lejos era tan fuerte como Diego cuyos ojos brillaban con la fiereza reflejada en ellos.

La forma en que Diego miró al chico del pastel, le puso los pelos de punta a la danesa. Realmente sintió miedo por Franco porque sabía con certeza que si llegaban a pelear, Diego le podía hacer mucho daño. Era algo que se veía a leguas al observar y analizar a ambos hombres. Meter a las autoridades era otra mala idea, pues sabía que eso disgustaría a Lucía mucho.

La escandinava habló con calma, reflejando una serenidad que no sentía en absoluto, pero en esa situación debía pensar con la cabeza en frío para que las acciones no llevarán a esos hombres a un fin desastroso.

—Es el hijo de Lucía, una de las mujeres con las que me viste en la cafetería, vivo en la casa de ellos, Franco. No te preocupes por mí, subiré al coche con él, tal vez, otro día nos veamos y charlemos más tiempo.

Dijo Annelise, intentando alejar al chico del pastel, del cromañón de Diego.

—¿Estás segura preciosa? —Preguntó el nuevo conocido de Annelise. Su pregunta pareció acrecentar la rabia de Diego que agarró del brazo a la rubia y rugió.

—¡Vámonos ahora antes de que le parta la cara a ese niño!

—A quién llamas niño, ¿eh? —Contestó Franco mostrando agresividad también.

Annelise sintió que se encontraba en una gran encrucijada. ¡Demasiada testosterona! ¿Cómo podía parar eso antes de que pase algo serio? Se mortificaba la cabeza mientras su corazón latía a mil por hora.

—Escucha Franco, te ves un hombre muy inteligente, por favor no respondas a provocaciones, es algo que no lleva a nada bueno. Déjame ir con Diego, vivimos en la misma casa, respeto mucho a su familia y no quiero problemas. Mañana podemos quedar y tomar algo. Así me enseñas todo esto como un guía turístico, pues todavía me faltan cosas para ver.

Habló la danesa y le dedicó una sonrisa tierna al chico del pastel que inmediatamente se

calmó. Sus facciones se suavizaron y asintió, aunque su vista no se apartaba de la de Diego que apretaba el brazo de Annelise como si temiera que ella se escapará.

Franco sacó una tarjeta y se la dio a Annelise.

—Es de la empresa, pero pone mi número porque a veces hago de repartidor de comida rápida. Llámame y estaré encantado de enseñarte los rincones menos vistos, pero más especiales de esta zona.

Annelise asintió con una sonrisa forzada, le molestaba el fuerte agarre de aquel sinvergüenza, pero no dijo ni pio, odiaba los conflictos y no pensaba permitir que pasara uno ante sus ojos.

Franco montó en su bici y se alejó de ellos pedaleando en la dirección hacia la que iba desde un comienzo.

Annelise apartó su brazo y empujó a Diego mirándole con odio antes de subir al coche.

Aquel energúmeno, tras un rato mirar la lejanía del horizonte, también subió y arrancó quemando llanta.

Capítulo 9

Annelise salió disparada en cuanto el coche se detuvo.

—¿A dónde crees que vas? —Gritó el demonio que le había arruinado el día.

—¡Lejos de ti! ¡Imbécil de mierda! —Chilló Annelise sin poder aguantarse ya las ganas de explotar como una supernova que se lo lleva de paso todo.

—¡Pero qué es lo que está pasando! —Se oyó a Lucía que había salido al rellano de la puerta después de oír los alaridos.

—Eres una mujer maravillosa, a la que admiro mucho. —Contestó Annelise.

—Gracias... —Respondió Lucía extrañada, arrastrando la voz como un disco rayado.

—Pero tu hijo... ¡ARGH! Es el ser más despreciable que he conocido. Un engreído, un libertino, un ineducado y un maldito.

Gritó Annelise que estaba ya tan harta de todo que ni se daba cuenta de que gritaba desgañitada.

Lucía y Diego la miraban atónitos mientras ella con grandes zancadas iba adentro de la casa para dirigirse hacia las escaleras que la llevaban hacia su alcoba. Iba como si fuera a la guerra y la expresión de su rostro, era digna de una chiflada que ha huido del psiquiátrico más próximo. El tic de su ojo era de unos niveles insospechables, parecía que se le iba a salir de la cara.

—Se ve muy graciosa cuando hace eso del ojo. Por eso le decía a María que se la pasará en la tienda, pues sabía que eso sacaba de quicio a la rubita. —Dijo Diego a su madre mientras sonreía como un bobo. La mujer que le parió le fulminó con su mirada antes de contestar y dar un respingo porque Annelise había cerrado la puerta de su habitación de golpe. Se había oído de forma estruendosa hasta en el piso de abajo.

—Hijo mío, puede que seas alguien muy responsable en tus negocios y que tengas éxitos en casi todo, pero últimamente estás siendo un auténtico idiota. ¡Un reverendo idiota! ¡Déjala ya en paz, joder!

—¡Ni en tus sueños! ¡Quiero saber quién en realidad es ella! Puede que mi hermano no sospeche, pero yo sé que hay algo raro en toda esa historia.

—Muy bien, que así sea, Diego. Voy a convocar a Annelise después de la merienda. A la hora del té. Puedes unirme, lo que la voy a contar a ella, te ayudará a ti con todas las preguntas que rondan tu cabezota.

Dijo Lucía suspirando y marchándose. Dejando a su hijo a solas con sus confusas reflexiones y con algo dentro de su pecho que no le gustaba un pelo. ¿Culpabilidad? No, eso no podía ser. Él no había hecho nada malo, sí, puede que ofenderla de esa forma acusándola de robo fuera una decisión demasiado precipitada, pero cualquiera habría pensado lo mismo. ¡A María la conocía desde siempre, mientras que a Annelise desde hacía prácticamente una semana!

Recordó su mirada al culparla, su gesto de dolor después de cada insulto suyo y apretó el puño sin saber muy bien por qué coño había hecho todo eso. *¡Para espantarla!* Le decía una voz interior y era cierto, pero después de ver a ese chico acariciando las marcas que él había hecho con su torpeza en su cuello, se le habían revuelto las tripas. No deseaba pensar en esas cuestiones, lo mejor, era olvidar todo hasta la hora que su madre había indicado. Encontraría alguna actividad hasta entonces, pero en definitiva, se negaba a analizar esos sentimientos extraños que más que

nada le llevaban a una incertidumbre que odiaba.

Las horas pasaron. Diego había revisado tanto papeleo como le fue posible. ¡Había mirado hasta las cuentas del año pasado!

Su madre le había dejado muy intrigado esa tarde y se sorprendió de verse tan interesado en lo que podía descubrir la charla que esa tenía con la escandinava a la que no tragaba...

Eso era lo que Diego se repetía constantemente. —“¡No la trago! Me cae fatal”. Y es que la rubita, no dejaba de sorprenderle para su desgracia mental.

Al principio había pensado que no aguantaría ni un día en el trabajo, pues él criticaba todo lo que ella hacía, aunque lo hiciera con destreza.

Intentaba por todos los medios, sobre todo usando a María, de molestarla y de crear un ambiente feo de trabajo para que se echará atrás, pero Annelise seguía manteniendo esa imperturbabilidad que parecía inquebrantable.

En secreto Diego había admirado esa tozudez, esas ganas de superarse a sí misma, porque pensándolo bien, no debía resultar fácil alejada de lo conocido, en un país y una casa de personas con las que nunca había hablado.

Él pensaba que conocía a las mujeres como Annelise, pero con cada día que pasaba, ella le mostraba que probablemente era un preso de sus propios prejuicios.

Bufó, levantándose de su silla, la que anteriormente era de su padre. Perderle había supuesto muchos cambios de visión en su persona. El mundo no se contemplaba de la misma manera en su ausencia.

Se veía más gris. Las cosas en las que antes creía, ahora resultaban como mera fantasía.

Cuando su padre vivía, de cierta forma Diego estaba protegido por las cosas que presentaba la vida ante el camino de uno, como por ejemplo: La hipocresía. Muchas eran las amistades que tenían cuando su progenitor vivía y amasaba fortuna, pero en cuanto este se había marchado al otro mundo, él, su hermano y su madre habían comprobado que esas amistades también se habían esfumado.

Temían de que por culpa de la pérdida, la necesidad económica y emocional provocará que él o su familia les pidieran ayuda. Las personas estaban mayoritariamente para una buena mesa, buena comida, música y bailes... Sin embargo, cuando se las necesitaba de verdad, se largaban, sin gastar energías en intentar comprender, intentar ayudar.

Ninguno sospechaba que él y Juan se pondrían las pilas, rápido y que lograrían salir adelante. Los primeros meses tenían grandes pérdidas, pero ya estaban recuperados y muy pronto Diego estaba seguro de que doblaría el dinero que tenían.

Por eso no confiaba en nadie y no creía en el amor. Había estado con suficientes mujeres como para saber que esas tenían artimañas que tejían para atrapar a incautos y llevarse un anillo en el dedo.

María era así y eso que por un segundo había pensado lo contrario, casi se engaña con ella, pero tenía suerte. ¡Había logrado calarla a tiempo!

Uno no podía confiar siquiera en alguien que conocía desde toda la vida.

¿Cómo entonces podía bajar la guardia ante Annelise? Esa muchacha era más peligrosa que el resto de mujeres sobre la faz de la tierra.

Esa rubita parecía inocente, dulce, demasiado buena para ser real. ¡Algo ocultaba y dentro de nada se iba a enterar!

Cuando eso pasará, la culpa por haberla tratado mal, desaparecería.

Se levantó más contento, con ansias de oír algo malo sobre la muchacha, algo que la hiciera parecer ante sus ojos un monstruo disfrazado de figura divina. Si casi le faltaba el aro en la cabeza. La muy maldita tenía un rostro de ensueño. Parecía una diosa nórdica y su cuerpo era de infarto. Formas delicadas, pechos pequeños, pero firmes que debían caber en la palma de su mano.

Como siempre que pensaba en ella y en su condenado cuerpo y labios, sintió su entrepierna endurecerse. Siseó unas cuantas palabrotas, odiaba que le afecte de esa manera.

Salió del despacho hecho furia y al llegar al comedor vio a su madre.

—¿No ha bajado todavía? —Preguntó Diego y su madre negó.

—En diez minutos va a bajar, me dijo. —Respondió Lucía que parecía muy nerviosa.

—Mamá, estás muy rara...

Alguien se aclaró la garganta y madre e hijo miraron hacia la puerta donde estaba Annelise.

Vestía con un mono azul de tela vaporosa y unas sandalias que eran perfectas para andar por casa, planas y blanditas para estar cómoda.

—¿De qué querías hablar Lucía? —Preguntó Annelise sin andarse con rodeos.

Ni siquiera le dedicó una mirada a Diego.

—¿Ya no mueres por mis huesos o qué? —Preguntó el español sin poder evitarlo. En su tono se podía apreciar su característico cachondeo, pero también cierta desesperación que él intentaba enmascarar.

—No. Es extraño, pero supongo que nunca me gustaste de verdad. No tengo mucha experiencia con los hombres, he tenido un par de novios sin más, pero ahora que reflexiono, probablemente fuiste solo una ilusión sin importancia. Puedes estar tranquilo, no volvería a fijarme en ti ni por todo el oro del mundo.

Respondió Annelise y se sintió tan a gusto al ver la expresión de Diego que casi le da risa y se regodea ante su vista. El muy cínico deseaba que ella llorara por las esquinas por su rechazo. ¡Pues, muy equivocado estaba!

Lucía observó con diversión la escena, pero al recordar, lo que estaba a punto de contar, de admitir, sintió la desolación otra vez.

—Annelise, debo hablar contigo algo muy serio. Tu madre estará presente, se conectará por Skype.

Habló Lucía y su expresión, el tono de voz que empleaba al hablar, le indicaron a Annelise y a Diego que aquella reunión iba a ser interesante.

Annelise sintió formarse una bola en su pecho, como si lo que tuvieran que decir, la pudiera impactar demasiado.

—Bien, pues sentémonos. —Sugirió con el ceño fruncido.

Diego no apartaba sus ojos de ella, llegando a molestarla. De evitarla como a la peste, estaba pasando a pegársele como un superglue. ¡Ese hombre era un bipolar!

Se sentaron todos. El portátil de Apple en color gris, reluciente y digno de una revista estaba abierto, colocado sobre la mesita redonda de cristal que había al lado de la mesa del comedor. Funcionaba como un rinconcito donde solían tomar café, té o cualquier refresco y charlaban animadamente mientras cotilleaban o jugaban a las cartas. Siempre ganaba Lucía, era una excelente jugadora de póker.

En la pantalla del carísimo portátil, estaba abierto el Skype y el perfil de su madre: “Ingalahermosa” Se había puesto el Nick, la muy chiflada.

—¿Qué es lo que sabes de la forma en que nos conocimos tu madre y yo?

La preguntó Lucía, dejándola con cada paso de los minutos, más confundida.

—En un día soleado, en los años noventa, en un concierto de un grupo famoso del que ya no se acuerda. Conectasteis de inmediato y pasasteis el mejor verano de vuestras vidas. Os hicisteis una promesa y es que sin importar los años que pasen, siempre estaréis unidas.

Respondió Annelise con una sonrisa, pero la seriedad de los luceros de la española, borraron su sonrisa con rapidez.

—Te dijo, ¿por qué nos hicimos esa promesa? —Preguntó Lucía.

Diego miraba la escena sin mostrar ninguna emoción, aunque por dentro una voz le decía que algo raro había sucedido por aquellos años y que Annelise y él estaban a punto de descubrirlo.

—En aquel concierto no solo nos conocimos tu madre y yo. Hubo otra chica. Se llamaba Annelise. Al igual que Inga, venía de Dinamarca para pasar sus vacaciones. Yo la conocía desde hacía más tiempo, pues fui estudiante de intercambio en mis años dorados. Era una joven encantadora... La cuestión es que ella me presentó a Inga, al parecer eran primas. Las tres de inmediato congeniamos como grupo y se formó una de esas amistades extrañas que duran para toda la vida. Son tan peculiares ese tipo de relaciones que se asemejan a acontecimientos extraños que inclusive parecen irreales, como si se tratará de una leyenda.

Se explicó Lucía y paró abruptamente suspirando.

—Creo que lo mejor será que llamemos a tu madre. —Afirmó y pulsó en la pestaña: *Llama*, en el Skype.

Todos esperaron con impaciencia a que Inga contestará y cuando lo hizo, su rostro por la cámara se veía descompuesto, poniéndole el vello de punta a Annelise y a Diego.

—Espero, hija después de oír esto, no me odies. ¡Espero, no nos odies!

Fue lo primero que dijo y Annelise empezó a pellizcar su brazo de manera discreta para ver si soñaba, si estaba en una especie de pesadilla de lo más realista.

—Inga, ya le conté sobre tu prima. De cómo nos conocimos en aquel concierto de los: “*Cagando sin papel*”. Eran los mejores... Les conté a ambos que las tres éramos inseparables. —Explicó Lucía a su amiga, viéndola con sumo cariño.

—¿Cagando sin papel? Mamá, los de tu generación son culpables de muchas cosas. Está claro que estabais mal de la cabeza. —Habló Diego y Annelise asintió dándole la razón.

—¿Perdona? Nuestra generación fue la mejor. Vosotros sois unos mimados que creéis que podéis hacer frente a los problemas con un iPhone en la mano. ¡Consumistas y capitalistas que no tienen ni idea de lo que es vivir duro, de los golpes que te da la vida!

Habló Lucía furiosa y bastante ofendida.

—Los de vuestra generación son los culpables del cambio climático, las guerras, el hambre y esos nombres horribles para los grupos de música.

Dijo Annelise y Diego asintió. Ambos chocaron las manos. Inga sonreía viéndoles por la cámara mientras Lucía jadeaba de indignación.

—Primero, los de nuestra generación no tienen la culpa de la contaminación ni del cambio climático. En mi generación y en la de Inga, usábamos solo una radio y una televisión, a veces ni eso. En la vuestra tenéis enchufadas mil cosas a la vez, desperdicias el agua y os creéis que hay de sobra de todo porque no conocéis la escasez. Y en cuanto a los nombres de grupo... Las bandas de hoy en día no se quedan atrás... ¿Coldplay? ¿Green Day?

—Mamá, que esos grupos iniciaron en los noventa e incluso en los ochenta. Son producto de la locura de los de vuestra generación.

—¿Ah sí? Hijo, pues dejemos esos de lado. ¿Qué me dices de Lady Gaga? ¿Nicki Minaj? ¿Las

Kardashian?

—Espera un poco, esas últimas siquiera son cantantes. —Replicó Annelise.

—Ya... Pero, son famosas. En nuestro tiempo uno sin talento, sin nada especial que mostrar, más que su vida privada por televisión o redes sociales no podía hacerse famoso. Eso es una gran locura, el ganar millones solo por mostrar a qué manicurista vas. ¿O ellas son muy inteligentes, o la sociedad está cada vez más estúpida?

Los jóvenes se quedaron callados, no podían replicar a algo que claramente era la pura verdad.

Lucía sonrió más contenta, pero luego se acordó de que únicamente llamaba las atenciones de su princesa y del tonto de su hijo porque temía contar aquello que podía destrozar todo.

—Lucía, no lo retrasemos más. Llevamos veintiséis años, es hora de hablar. —Dijo Inga con seriedad y su amiga asintió.

—Annelise. —Llamó Inga a su criatura. Esa miró fijamente a su madre con sus mismos ojos. La mujer sonrió con suma tristeza antes de decir algo que dejaría petrificada a la joven.

—¡No soy tu auténtica madre!

La respiración se le cortó. El corazón comenzó a bombardear con fuerza, mientras lo que había a su alrededor empezaba a moverse, como si hubiera un terremoto únicamente perceptible para ella.

Diego la abrazó por la cintura y la sentó sobre sus rodillas, susurrándole que respirará, que por favor no cerrará los ojos. Cualquiera podía ver lo pálida que estaba, tanto que uno podía confundirla con un espectro.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Por qué bromeas así? —Pronunció Annelise las palabras con dificultad.

—Diego, tráele un vaso de agua helada.

Pidió Lucía, pero él no estaba dispuesto a apartarse de la rubia.

—Hijo, por favor. —Pidió la mujer sin ser capaz de mirar a los ojos a la muchacha.

—Esto no puede ser... ¡Es idéntica a Inga! —Exclamó Diego que también había perdido el color.

—Su prima y ella se parecían un montón, pero Annelise era mucho más alta que Inga, al igual que su hija.

—¿La prima? —Preguntó Diego horrorizado.

—Tráele un vaso de agua, hijo.

—¡Y una mierda! Me la pienso llevar conmigo. ¡La habéis mentido toda la vida! ¿Cómo pudisteis?

—¡Para protegerla! —Chilló Inga y se echó a llorar a lágrima viva.

—¿Protegerla de qué?

—Diego, tráeme ese vaso de agua... Siento que me caeré redonda, por favor, me vendrá bien. Quiero escucharlas. —Rogó Annelise y él la miró con compasión, antes de besar sus labios con tanta ternura que casi le parte el alma, porque en otra ocasión ese pedazo de cielo que le ofrecía le habría parecido motivo de celebración, pero en aquel instante de alguna extraña forma, intensificaba su dolor.

Él se levantó, casi con miedo... Las tres mujeres quedaron a solas. Annelise las miró con odio antes de sisear.

—¡Empezad a hablar de una vez!

Inga lloraba demasiado, así que su amiga continuó por ella con aquel relato que resultaba peor

que un libro de terror.

—Como decía, nos hicimos inseparables. Las dos primas tenían una conexión muy especial, casi de hermanas... Recuerdo que incluso planeamos cosas para el futuro, un viaje juntas, quién sería la dama de honor de quién... Ese tipo de cosas...

Annelise se enamoró aquel verano perdidamente de un hombre a quien jamás llegamos a conocer.

Ella no paraba de hablar de él, le había conocido en una floristería, decía. Quisimos que nos lo presente mil veces, pero ella se negaba en redondo, no sabíamos la razón.

Una noche, muy especial para ella, ya que tenía cita con “BigMac”, así lo llamaba... Se preparó con su mejor vestido. Inga y yo la ayudamos, rizamos sus cabellos, la maquillamos y salió de la casa de mis padres como una hermosa princesa. El vestido rosado lo habíamos comprado por la tarde con ilusión al verla tan contenta. Decía que nos iba a presentar a su hombre al día siguiente.

A la mañana siguiente, nosotras la esperábamos. Habíamos quedado en la casa de mis padres, pues dormíamos las tres juntas muchas noches. Annelise llegó... Su rostro, su aspecto nos asustó tanto que de la impotencia empezamos a llorar.

Ella estaba descompuesta, pálida, con el rímel corrido, tenía moretones y rasguños... Queríamos llamar a un médico o hablar con mis padres, llamar a los suyos, pero ella se negaba. Nosotras éramos muy jóvenes y muy tontas.

Los días pasaron y aunque, Annelise se veía perfecta físicamente, algo en su interior había cambiado, rompiéndose en mil pedazos. Parecía exenta de alma, parecía vivir sin respirar...

Intentamos hablar con ella sobre lo que había sucedido, pero ella no pronunciaba una sola palabra.

Al cabo de un tiempo entendimos que estaba embarazada. Inga y ella se debían marchar a Dinamarca. Cuando los padres de Annelise se enteraron le cayó la bronca del siglo, pero a ella parecía que todo le daba igual.

Sus padres se negaban a admitir la criatura que crecía en su vientre y ella, cada vez parecía más desilusionada con el mundo que la rodeaba. En todo este momento yo las visité unas tres veces, para apoyar a Annelise y a Inga que lo pasaba mal al ver esa apatía en su prima, casi hermana.

Cuando tú naciste, fue un día trágico. En un día lluvioso en Dinamarca que presagiaba que algo terrorífico iba a pasar.

Annelise estuvo con su bebé tan solo un día. Al día siguiente, cuando fuimos a verla a su habitación, sí, yo estaba presente, pues había acudido para ver tu nacimiento...

Lucía ya no podía hablar. Era una mujer dura, pero su voz se entrecortaba así que Inga, con el rostro bañado en lágrimas prosiguió con aquella historia que partía el cuerpo y alma de la Annelise actual en pedazos.

—La encontramos colgada en su cuarto. ¡Se había suicidado! Sin embargo, antes había escrito una nota donde decía que su último deseo era que yo te adoptara y fuera tu madre. Por aquel entonces yo ya tenía un novio serio, tu padre... Quiero decir... ya me entiendes. No dudamos en adoptarte, en criarte, ya que tus abuelos se negaban a verte, para ellos, era recordar constantemente la hija que habían perdido tan catastróficamente. Durante todos estos años quise decírtelo muchas veces, pero eras una niña sensible, demasiado frágil... Yo tan solo deseaba construirte un mundo seguro y para ello construí muros a tu alrededor de un mundo rosa... Una burbuja irreal para que nunca sufieras, pero cuando sucedió lo de esa chica en aquel callejón,

aquel lunes horrible... Te vi poco curtida y no viviré siempre, necesitaba alejarte de aquí y que empezarás a hacerte madura, porque me daba miedo esa sensibilidad tuya que a veces te hacía parecer como si fueras hecha de cristal...

Annelise estalló en un llanto. ¡No podía ser!

Diego había observado y oído todo, sujetando entre sus manos el vaso de cristal impactado. Había pensado de la rubia tantas cosas... Nunca se había imaginado algo así. Verla llorando, tan desconsolada le provocó ansias de protegerla, de darle seguridad, abrazarla y besarla hasta que sus lágrimas se borrarán y su mueca se convirtiera en una preciosa sonrisa. Fue hasta ella y la abrazó con fuerza, ahogando su llanto, sus lágrimas empaparon su camisa, fruto del dolor desgarrador que sentía.

Lucía e Inga no podían contener la emoción de llorar con fuerza también.

Diego pensaba en que Juan, tras volver de aquel viaje suyo, se quedaría flipado con todas esas noticias nuevas que trataban de secretos antiguos.

Capítulo 10

Habían transcurrido tres semanas desde el fatídico día en el que Annelise había comprendido que toda su vida había sido una mentira.

Diego intentaba acercársela, pero ella sentía, que no quería tener nada que ver ni con Lucía, ni con sus hijos, inclusive evitaba a Juan... Con Inga siquiera hablaba. A veces, charlaba con su padre que no hablaba de ese tema, contaba sobre nuevas especies de aves que había podido llegar a observar.

Temas normales que la hacían olvidar por un rato sus reflexiones. Muchas veces se preguntaba sobre quién podía ser BigMac. ¿Qué había pasado aquella noche en que su madre la había concebido? Eran preguntas sin respuesta, lo que sí estaba claro es que aquello había llevado a su madre hasta el deseo de quitarse la vida.

Muchas víctimas callaban, por vergüenza, por el trauma que poco a poco dejaba sus corazones sin ganas de latir.

Las mujeres de hoy en día salían a marchas feministas, algunas sin saber los motivos por los que acudían a aquellas reuniones, otras por simple moda y porque lo hacía todo el mundo... La pena auténtica era que nadie, nadie sabía los nombres de las mujeres como su madre, esas que de verdad habían probado el filo de ser violadas y usurpadas.

Muchas noches lloraba en su habitación a escondidas, aunque siempre se sentía observada...

Al chico del pastel, no había vuelto a verlo, le había rechazado y él, no había insistido. Se negaba a salir, su refugio, eran las cuatro paredes de su alcoba.

—¡Annelise, la cena! —Anunció Juan en ese momento. El pobre había vuelto de su viaje totalmente cambiado. No paraba de llamarlo una mujer extraña que insistía en verlo, pero él se negaba en redondo, llamándola chiflada e insultándola de todas las maneras conocidas.

—No quiero. —Respondió la rubia y él suspiró yéndose y dándole la intimidad cual tanto parecía necesitar.

Annelise iba a poner su serie favorita que le distraía, cuando alguien empezó a golpear su puerta con fuerza. Ella volteó los ojos, ya sabía quién podía ser.

—¡Diego vete!

—¡Abre la puta puerta si no quieres que la rompa!

—Eres un maldito Neandertal que no comprende que necesito estar sola. Lejos de la bruja de tu madre y la arpía de mi madre o tía.

—Nena, llevas todo el día sin comer.

A Annelise le extrañó el tono tan preocupado, del español.

—¿Y? —Preguntó ella con ironía.

—¡Abre la puerta o te juro que entraré y te azotaré!

—Tienes un fetichismo con eso de azotar. Enserio pide una cita con un psicólogo. Mi trasero no lo toca nadie y menos tú. Maldito cavernícola.

La puerta empezó a tambalearse... El muy sinvergüenza la empujaba con fuerza. Annelise abrió los ojos de par en par. ¡Iba a desencajar la puerta como siguiera así!

—¡Para Diego!

—Pues abre la dichosa puerta.

—¿Después de amenazarme con darme azotes? No, guapo. ¿Tú te crees que soy tonta?

—Mira nena, eso no es tan malo como suena... Incluso es probable que te guste mucho y me pidas tu solita que te dé un par de azotes en ese culito tan hermoso que tienes.

—¡Serás cabrón!

La risa de él, ronca y tan sensual la puso de los nervios.

—Abre, hermosa...

—¡No!

La puerta empezó a moverse con más fuerza. El pomo parecía que estaba a punto de volar de lo mucho que lo giraba el cavernícola de Diego.

—Diego, le diré a tu madre lo que estás haciendo. —Chilló Annelise al ver que la maldita puerta empezaba a debilitarse. ¡Los constructores de hoy en día debían hacer esas cosas con más resistencia!

—¡No está, nena! La eché junto a Juan a la calle.

—¿Y la cena?

—Les di dinero para que cenarán en el restaurante favorito de mamá, así que estamos solos tú y yo, preciosa.

—¡Deja de llamarme así! —Gritó con fuerza al oír el estruendoso ruido que hizo la puerta cuando se cayó al suelo.

—¡La has roto! —Exclamó impactada, intentando tapar sus pechos que estaban demasiado expuestos porque tan solo llevaba un camisón corto en color rosa palo que tenía un escote pronunciado y demasiado atrevido.

Se lo había regalado Lucía, probablemente producto de sus maquinaciones para que Diego la viera así, la muy astuta era tan calculadora que pensaba en todo. ¡Bruja! Eso era lo que era. No la quería ver ni en pintura y menos a su madre, guion tía.

Inga la llamaba siempre que se le ocurría, pero Annelise descolgaba con rabia deseando tirar el móvil por la ventana.

—Nena, es que no me abrías... —Se excusó Diego con un tono inocente, aunque ese de inocencia no tenía nada. Su mirada la desnudaba con descaro y ella se sonrojaba ante su persona sin poder evitarlo.

—Diego vete. —Le dijo con voz entrecortada. De repente toda su rabia se había disipado y solo estaba centrada en la forma en que él se la comía con sus ojos.

—Quita la mano del valle de tus pechos... Son demasiado hermosos como para ser tapados.

—Siempre me mandabas ir a trabajar con ropa de monja. Si tanto te gustaba, ¿por qué no me permitías mostrarlos? —Preguntó ella rabiosa.

—No me expresé bien. Son demasiado hermosos para ser tapados ante mí, ante el resto, deben estar bien escondidos.

La respuesta la dejó perpleja y extrañamente excitada.

—¿Y eso? —Preguntó con toda la frialdad de la que era capaz.

—Odio siquiera pensar en que alguien pueda recrear sus imaginaciones pensando en tu piel, en tu cuerpo, en toda tu persona... Odio pensar en que alguien mire lo que considero mío.

—¡Tendrás cara! ¡Yo no te pertenezco!

—¿Ah no?

—No, idiota, cara nalga, versión antropomórfica de ser humano, descerebrado con humor de limón podrido, basura con patas.

Diego cambió de expresión varias veces mientras la escandinava parloteaba. Primero, atónito,

después enfadado y por último... ¿Feliz? Tan feliz que estalló en una risa, dejando a Annelise abismada.

—¿Por qué estás feliz? —Le preguntó mientras le lanzaba cuchillos con sus ojos que ahora eran de un color marino, un azul muy oscuro que recordaba a la tempestad que reinaba en el océano más profundo del planeta.

—Te importo.

—No es verdad.

—Si alguien no te importa, no te pones tan creativa a la hora de insultarle. Fui un imbécil al rechazar algo especial, a una mujer única que me hacía sentir cosas a las que no estoy acostumbrado. Confiar, me cuesta y me equivoqué por completo contigo.

—Te perdono, pero no estoy dispuesta a intentar algo contigo.

Le respondió la danesa con un tono que indicaba cautela, miedo, temor de salir dañada emocionalmente de aquella situación que tambaleaba su autocontrol. Desestabilizaba las decisiones que anteriormente había creído, firmes. Él era capaz de confundirla por simple capricho. No podía creerle.

—Pues yo no estoy dispuesto a dejar esto que ni siquiera ha comenzado. No estoy dispuesto a que el orgullo destruya una historia que tiene pinta de tener el potencial de ser hermosa.

—¿Por qué tengo que creerte? Tan de repente cambias de opinión cuando me repelabas... Además, no siento nada hacia ti. ¡Tú no me pones!

—Entiendo, pero debes saber también que estoy dispuesto a luchar por ti. Y eso de que no te pongo, ambos sabemos que es una vil mentira. Nena, ya mereces unos veinte azotes.

—Yo no te deseo. —Dijo Annelise con miedo. El terror de volver a sentir algo hacía un hombre que nunca la había mostrado respeto la paralizaba y el momento en el que se encontraba en su vida, cooperaba para que ella no creyera en nadie. En esos momentos, sentía que todo el mundo mentía de manera compulsiva y que nada era real. Se empezaba a replantear seriamente de si vivía dentro de un holograma.

—Si no me deseas... ¿Por qué tus pupilas se dilatan al verme? ¿Por qué tu piel se pone como gallina al oír tan solo el tono de mi voz? ¿Por qué aprietas las piernas ahora mismo? Debes estar mojadita... ¿Por qué tus pezones parecen tener vida propia? Tal vez, desean ser tocados, mordidos y consentidos por mí.

Annelise sintió una fuerza sacudir su ser, concentrándose en ese punto delicado entre sus piernas que parecía un río cuyo cauce debían ser sus muslos.

—Diego... vete. —Dijo con últimas fuerzas. Él la hechizaba, su aura masculina lo envolvía todo y el ser de ella gritaba por liberarse de la tensión espantosamente dulce que sentía en su húmedo sexo.

—No, me tomo que ambos nos quitaremos la espina.

—¿Soy eso para ti? Un simple capricho.

—No, si lo fueras te habría catado mucho antes, el problema era precisamente lo que sentía al verte, al observarte en secreto.

—¿Por qué en secreto?

—A veces, el orgullo puede ser muy estúpido.

—¿Qué sientes por mí, Diego? —Preguntó Annelise casi en un susurro.

—No lo sé, solo sé que mi corazón late desbocado, mis ganas de besarte son más grandes que el orgullo que me ciega, verte triste me pone triste a mí y ese sentimiento ahoga incluso mi desconfianza por naturaleza. Yo sólo sé que desde que viniste no puedo imaginarme a otra mujer

caminar junto a mí.

—¿Y María? —Le preguntó Annelise sintiendo en el pecho un calor que recorría su ser. Una sonrisa amenazaba por dibujarse en su rostro.

—Nunca he sentido nada por ella, y usarla para enfadarte a ti, fue una acción que no me enorgullece.

—A pesar de cómo es ella, opino que usar a una persona para conseguir cualquier propósito es pésimo, pero que te des cuenta, suma puntos a tu favor.

—Me encanta saber de tus opiniones, intereses y sentimientos. Si fueras un libro, serías el más interesante que alguna vez he querido leer. Con una portada de colores suaves y gentiles, con un efecto difuminado que aumenta el misterio en el lector, con una sinopsis atrayente que dice mucho y a la vez tan poco.

—Si fuera un libro... ¿Cuál crees que sería el mensaje en mi interior que quiero dar al mundo? —Preguntó Annelise con interés. La estupenda metáfora y comparación que había hecho él a su persona, con lo que más le encantaba en el mundo, los libros, la había sorprendido mucho. Diego era alguien inteligente y profundo que muchas veces renegaba de su propia naturaleza, por miedo a las decepciones.

—Sería un mensaje dado de manera discreta, con la frescura que te caracteriza. Trataría sobre superar los baches y atreverse a mucho más de lo que la gente te cree capaz. Serías la heroína de tu propia historia demostrando que las barreras son tan difíciles de derribar como alcanzar un salto de treinta y nueve kilómetros de altura y a su vez tan sencillo y fácil por el hecho de que lo único que se necesita para lograrlo es sencillamente saltar.

Annelise lo miró con sorpresa. ¿Cómo era posible? La conocía como a la palma de su mano.

—Por mucho que intentaba alejarte, no pude evitar acercarme y conocer esa personalidad que deben tener fortuna de conocer, un puñado de personas. —Le dijo él, sabiendo con exactitud sobre sus cavilaciones en ese momento.

—A veces, no deben conocerte ni ese puñado. ¡No lo merecen! —Respondió Annelise, sintiéndose defraudada.

—¿Sabes hermosa? Puede que pienses en ese momento que es mejor estar sola que mal acompañada, pero te equivocas.

—¿No me digas? Cara de moco.

—Nena, las personas somos animales sociables. Hay veces en las que queremos escondernos del mundo, pero tarde o temprano necesitamos a nuestra manada. No estoy excusando a nuestras madres, pero eran muy jóvenes cuando perdieron a alguien especial para ellas y tú llenaste el vacío que había dejado tu madre en sus vidas. Fueron tan recelosas de la probabilidad de perderte que dejaron de comunicarse una con la otra, intentando crear una vida pacífica y alegre para ti.

—¡Me hicieron vivir en una burbuja! Me han limitado en muchas cosas, sobre todo, mi madre, mejor dicho, mi tía. El hecho de que soy una mujer sin carácter, es culpa suya, porque ella me mostró solo la cara bonita de la moneda.

—Pero no es exclusivamente culpa suya, tú misma preferiste ver siempre la cara bonita, sin atreverte a más. Y antes de que te enfades cielo, y me rompas la cara de moco que tengo, por la cual tú te mueres, te diré que puedes ser de todo, menos una mujer débil y sin carácter. ¡La mujer que es capaz de tranquilizar a la bestia que estaba en mí tras la muerte de mi padre, no puede ser sin carácter! Tú me dijiste que no soy más que un león herido y es verdad...

—Dije, gatito. —Le corrigió ella provocando su sonrisa.

—Puedo ser todo lo que te haga falta, desde el hombre que te da azotes en la cama y te da

placer hasta marearte y hacerte soñar únicamente con mis brazos alrededor de tu cintura, hasta el hombre que te consiente y glorifica como su diosa.

Annelise ya no aguantaba. Deseaba tirarse a sus brazos con desesperación, pero no podía ser tan fácil, debía hacerle sufrir un poco. Tenía que luchar por ella. ¿No?

—Lo haces por compasión. Me hablas de esa manera que he soñado desde que te vi, por compasión.

Diego comprendía sus dudas. Pues él había entendido muy tarde lo que sentía por la rubia que había desestabilizado su raciocinio, esa vida perfectamente ordenada que no le llenaba en absoluto.

—¿Es esta la reacción de un hombre que actúa por compasión? —Mostró Diego la protuberancia que se apreciaba bajo la tela de sus vaqueros.

Annelise enrojeció como un semáforo, aquel hombre era tan sensual que rompía cada capa de hielo que ella pensaba que había creado irrompible.

Una cosa estaba clara... ¡La deseaba y mucho!

—No me acostaré contigo. —Dijo sintiendo desesperación. Pues le daba miedo caer en las redes del amor. ¿Y si él cambiaba de opinión?

—No, nena. Yo soy un hombre que sabe esperar, pero no te permitiré encerrarte más, y por el amor de Dios, debes comer algo...

La preocupación de su hombretón, junto con su visible excitación era una combinación insoportable para el corazón de Annelise que gritaba: ¡Diego! ¡Diego! Con fuerza y unas ganas desbordantes.

—Bien... prometo cenar, si me acompañas y si la bruja de tu madre está a kilómetros de distancia.

—La bruja de mi madre y la arpía de tu madre lo lamentan. Annelise yo sé que debes sentirte tan defraudada que es indescriptible, pero piensa un poco mi hermosa... La persona que te alimentó, cuidó, abrazó, te dio ánimos en un día duro, te amó de forma incondicional... ¡Fue Inga! A veces, las personas actuamos con buenas intenciones, mentimos por miedo a contar algo que puede hacer daño a la persona que amamos. No es correcto, pero, ¿acaso eso borra todo el resto de cosas buenas que han hecho por ti? Ellas te aman más que a nada, sobre todo, tu madre, la mujer que te crió con todo el amor del mundo. Últimamente, hablamos a menudo con Inga por Skype y te puedo asegurar de que es de esas personas que, si las tiran a una jauría de lobos, vuelven liderando la manada. Te protegió demasiado, pero te dio una buena vida que muchos desearían tener.

Annelise empezó a llorar oyéndole. Sabía que razón no le faltaba, pero el ego le impedía perdonar y agradecer porque no la haya abandonado en una cuneta. ¡Se había hecho cargo de un bebé que no era el suyo! Una criatura a la que siquiera sus propios abuelos querían cuidar.

Diego fue hasta ella y se sentó a un lado de la cama, tan cerca que podía sentir su dolor. La abrazó con fuerza y ella recostó la cabeza en su hombro, mientras sus caricias en sus cabellos la calmaban poco a poco.

—¿Te cuento algo? —Preguntó él y ella sorbiendo asintió, empapando el brazo de Diego con las lágrimas que se le escapaban de los ojos soltando toda la confusión y tristeza que había sentido durante días.

—Creo que eres mi alma gemela.

La tan inusual afirmación sorprendió a la escandinava que levantó el rostro viendo sus ojos embrujada por el deseo, pasión y... ¿Amor? Que se podía observar en los espejos de su alma.

—¿Cómo llegaste a esa conclusión?

—Una vez leí en un artículo que el alma gemela es una persona con la que sientes una afinidad y empatía profunda, es como si conocieras a esa persona desde siempre. Se trata de un alma que se divide en dos y reencarna en otros cuerpos, por lo que, al separarse, busca de forma incesante durante el resto de esa vida y de las siguientes a su otra mitad. Si una persona no está preparada para encontrarse con su otra mitad espiritual, rechazará de manera bruta su presencia, pero ambas personas aprenderán nuevas lecciones durante ese camino de conocimiento que cambiarán sus vidas a mejor. Tú me conviertes en alguien mejor sin siquiera intentarlo y cuando te miro siento que eres parte de mí. Eso suena descabellado, pero siento eso, preciosa Annelise.

La danesa se abrazó a él aún más. Sus cuerpos parecían uno solo.

—Siento lo mismo Diego. Hay una parte de mí que grita por ser tuya, pero la otra es cautelosa y te lo cuento porque necesito comprensión. Quiero ver hasta dónde nos lleva esto, para ello quiero conocerte, aunque siento que ya lo hago desde hace mucho. Siento que tenemos una conexión desde siempre en esta vida, a través de la amistad de nuestras madres.

—Lo comprendo y como ya te dije... Soy un hombre paciente, aunque muchas veces no lo parezca.

Annelise sonrió y entonces dijo algo que llevaba pensando desde que había oído la trágica historia de su auténtica madre.

—Creo que ella se dio prisa para tener lo que veía en sus amigas. Tu madre ya estaba con tu padre, tu hermano y tú formabais parte de su vida, aunque fuera muy joven, pues sus padres la ayudaban con todo... Inga tenía un enamorado también...

Se quería sentir incluida en eso, tener lo mismo que ellas, sentir lo que es ser amada... Me gustaría investigar Diego. Quiero saber todo sobre Annelise.

—Yo también pensé mucho y quiero ayudarte. Juan opina de la misma manera, pero hay algo que deseo pedirte, aunque sea duro para ti.

—¿Qué es?

—Te pido solo un año, centrada en ti misma, en tu felicidad y después yo mismo buscaré incluso bajo las piedras si hace falta para descubrir lo que pasó en aquellos años tan lejanos.

Annelise comprendía su petición. Psicológicamente se sentiría mucho mejor y estaría preparada para descubrir cosas que removerían el pasado de su tía, de Lucía y de su madre, la mujer a la que nunca llegaría a conocer, pero cuya historia no merecía ser ignorada.

—Lo prometo. —Contestó y le besó. Tocar sus labios borraba cualquier tristeza y estar entre esos brazos era como estar en el hogar al cual pertenecía.

Capítulo 11

Doce meses habían transcurrido a un paso tan rápido que parecía que se trataba de días, y es que cuando uno era feliz el tiempo pasaba volando.

Annelise se asombraba al volver la vista atrás, pues muchas cosas habían cambiado, ella había cambiado.

Tenía una relación cordial con Lucía y con Inga con la que hablaba de vez en cuando por Skype. Más que nada para no disgustarla, pues tampoco deseaba que cayera en una depresión ni algo por el estilo. Las amaba, pero le costaba perdonar esa mentira. Deseaba que la relación entre ellas volviera a ser la de antes y Lucía se esmeraba en ello, pero Annelise se mostraba amable, aunque distante, pues no podía evitarlo.

Lo mejor de todo era que vivía con Diego. Eran una pareja, aunque muchos pensaban que estaban casados. Se dedicaban a la tienda y a disfrutar del uno al otro.

El tiempo había demostrado que eran, la pareja ideal. Las conversaciones que mantenían nunca les aburrían. Se sentían con cada día que pasaba más unidos. Por supuesto, a veces discutían, sobre todo el día de la compra.

Solían comprar y almacenar la comida en cada principio de cada mes. Annelise era muy obsesiva con los gastos, calculaba hasta el último centavo y aunque, Diego la admiraba por eso, a veces deseaba consentirla, comprar cosas lujosas y costosas para regalar a su chica, pero su mujer era diferente al resto, no le entusiasmaban las mismas cosas que al noventa por ciento de las mujeres.

Lo bueno de las discusiones es que las reconciliaciones siempre eran, la bomba.

Esa precisa noche celebraban su aniversario. Lo calculaban desde el primer día en que se habían conocido y no desde que su relación de pareja había comenzado.

Annelise esperaba a su hombre con una lencería por la que se había permitido gastar más de la cuenta, pero es que la ocasión lo merecía. Sentada en la enorme cama matrimonial que habían elegido juntos en su pisito de alquiler al cual ambos adoraban, se pintaba los labios de un rojo pasión que sabía que a él le volvía un majara.

El cortísimo camisón del color de sus labios, con encajes estratégicos realzaba el contorno de su figura. Annelise se levantó, en su habitación de decoración estilo nórdico, había un hermoso espejo, tan grande que uno podía verse de altura completa. Lo habían comprado de una tienda de antigüedades con Diego y curiosamente, no desentonaba con el resto de decoración del moderno piso, de construcción nueva.

Su imagen le encantó al observarse. Estaba tan sexy, si fuera un tío, se follaría a sí misma hasta cansarse.

Rió ante sus pensamientos, ahora tenía una seguridad en sí misma que impactaba. Era comunicativa, muy extrovertida... Parecía, otra persona.

En realidad, Annelise no era otra, era ella misma, por fin se había descubierto y recién ahora se enteraba que era alguien capaz, abierto y con ganas de vivir de manera hambrienta.

Sus cabellos estaban despeinados, cayendo por sus hombros como una cascada. Sus piernas parecían infinitas gracias a los tacones que la hacían parecer una supermodelo.

Los pezones se veían, pues la tela era transparente. En sus caderas tenía dos lazos rojos que

encandilaban y en su cuello, llevaba el collar que Diego le había regalado cuando le había pedido ser su novia. Hace exactamente seis meses, en una feria que hacían antes en Tierra Viva, cuando el padre de Diego y Juan, estaba vivo. Habían retomado esa tradición y era el día favorito de Annelise.

Siempre, que podía, llevaba la joya en su cuello, símbolo del comienzo de una relación que al principio parecía ser el producto de una simple imaginación suya y de Lucía.

El corazón de oro decorado con piedras del color de las esmeraldas brillaba ante el espejo y Annelise, lo veía con amor, rememorando.

Miró la hora. Faltaba poco para la llegada de Diego. El muy cabrito la había mentido que iba a Tierra Viva para ver a Lucía y a Juan. En realidad él estaba en la joyería, comprando los pendientes que iban a juego con aquel collar.

A la vendedora se le había escapado esa mañana mientras compraba en la frutería y aunque, luego había intentado disimular, Annelise se había enterado muy bien de la sorpresa de su hombre.

Sonrió con malicia y fue donde la ducha, poniendo el agua fría. Mojó sus pezones para que esos recibieran a su dueño, traviosos y sensuales. Frotó los capullos con el dedo índice y se excitó al pensar en que eran las manos de Diego.

Nunca habría creído que era posible disfrutar del sexo de esa forma. Era sólo mirarla Diego y empaparse, preparada para recibir sus estocadas que nunca defraudaban.

La puerta principal se oyó y ella salió del baño y esperó con paciencia y una gran sonrisa.

—Nena, te tengo una sorpresa...

—Y yo a ti... —Contestó la danesa españolizada, de manera dulce, femenina y provocativa.

—¿No me digas? —Preguntó el español y entró en la habitación quedando estupefacto, gratamente sorprendido.

—Bienvenido.

—Uf, nena.

—¿Te gusta lo que ves?

—Me encanta lo que veo... Nena, te voy a dejar temblando.

—Mhmm... —Gimió ella como una conejita y caminó contoneando las caderas hacia el hombre que le había dado los mejores momentos de su vida.

Diego la abrazó y la besó con hambre, dejándola sin aliento y acelerando su corazón.

Las manos masculinas tocaban cada centímetro de piel, centrándose sobre todo en sus pezones cada vez más necesitados y su húmeda vulva.

La diminuta tanga que llevaba bajo el camisón, pronto desapareció.

—Ah, las has roto, cavernícola. —Jadeó Annelise al sentir como la tela se raspaba por la mitad.

—¿Cavernícola, eh? Nena vas a ver ahora lo que es un cavernícola, porque pienso follarte de la manera más primitiva.

Habló Diego mientras le daba un par de azotes que a ella le encantaban.

En el día a día, él era tierno, muy romántico y dulce. La mayoría del tiempo tomaban las decisiones, juntos o lo discutían con debates extensos que siempre acababan de la misma forma: Uno sobre el otro, haciendo el amor de manera salvaje, como animales.

Diego cumplía sus deseos siempre, en cuanto Annelise hacía una mueca tierna que él no podía resistir.

Por las noches, mientras hacían el amor, él era todo lo contrario. No era tierno, era dominante, pasional, a veces feroz, pero con límites, combinando caricias suaves con azotes, pellizcos y

castigos que consistían en no dejarla correrse hasta que lo suplique.

Todo eso a la escandinava le fascinaba. Ella había tenido pocas relaciones y lo cierto es que jamás había sentido eso, pues todo era mucho más rápido y vacío con su novio del instituto y el de la universidad. No tenía nada que ver con lo que la hacía sentir Diego.

Chilló cuando sintió sus dedos jugar con su sexo.

—Diego...

—¿Qué quieres nena? ¿Quieres que te folle?

—Mmmm, fóllame mi cavernícola.

—Lo que ordene mi dulce ninfa.

Contestó él comenzando a mordisquear sus pechos a través de la tela y sin parar de acariciar su coñito, trazando circulitos y pellizcando su clítoris. La llevaba hacia el paraíso mientras ella se arqueaba y le deleitaba con la canción compuesta por sus gemidos.

Tras un rato de dulce sufrimiento, Diego la empujó sobre la cama en la que cada noche dormían acurrucados, se subió sobre ella con cuidado, agarró sus manos y sin dejar de mirarla de una estocada entró en su ser.

Como siempre, ella le apretó deseando prolongar el placer, mientras Diego jadeaba y pronunciaba: *Annelise*, con tanto amor que la escandinava deseaba gritar de la alegría que la culminaba.

El ritmo de sus embestidas pronto se aceleró, y con cada estocada ella sentía que iba a alcanzar la Nirvana. Finalmente, él arrancó un último y prolongado gemido de gozo de su mujer, mientras junto a ella explotaba como una botella de champán.

Jadeando, empezaron a reír, preguntándose si siempre sería tan único e insuperable aquello que compartían. Diego lo tenía claro, así era, ella era la mujer de su vida. Conocer a la Annelise real le había llevado mucho tiempo, un año entero, pero era lo más maravilloso descubrir el florecimiento de una flor extraña, curiosa y singular. ¡Una mujer extraordinaria!

—Fue muy intenso... —Murmuró Annelise contenta y él respondió.

—Y es tan solo el comienzo.

Despertó por la mañana con una sonrisa que desapareció al no ver a su lado a Diego que en ese momento le traía el desayuno. ¡Y vaya desayuno!

Fresas con nata, pancakes con mermelada y chocolate... Zumo de naranja recién exprimido y por supuesto, la fruta favorita de ambos, la sandía.

—Me mimas demasiado... —Dijo ella, pensando que debía tener también detalles así con su media naranja.

—Te lo mereces, mi ninfa.

—Diego, hoy tengo la entrevista esa.

—¡Los encandilarás! No podrían encontrar a una profesora como tú, ni en sueños. Por cierto, nena podríamos la próxima vez que jugamos hacer los roles de profesora y alumno.

Annelise rió por su sugerencia. Ya habían jugado a poli malo y presa, al bombero gamberro, actriz que pide trabajo y director de cine, inquilina que no puede pagar y casero... Les gustaba jugar a ambos y tenían mucha imaginación. ¡Cualquiera lo diría cuando habitualmente se comportaban como personas muy disciplinadas y serias!

—Te tengo otro regalo. Una promesa que ya es hora de cumplir, pero a cambio quiero que de una vez perdones a nuestras madres. Serán brujas y todo, pero estamos juntos, gracias a ellas.

—Lo sé... Las invitaré a nuestro piso. Es hora de que mi madre visite España otra vez. Llevo sin verla a ella y a papá mucho tiempo. Les echo de menos.

—Estaré encantado de conocerlos mejor porque han criado a la mujer más asombrosa que conozco.

Annelise se sonrojó por el piropo y como una niña palmeó y saltó de la cama, preguntando. — ¿Cuál es la otra sorpresa?

—Sé que te dije que podríamos investigar juntos tras un año, pero lo hice yo solo durante todo este tiempo, en mis ratos libres. He logrado descubrir todo, nena. ¿Estás lista para oír la historia de tu madre?

Annelise se quedó sin aliento, pero asintió.

—Tu madre venía de una familia muy tradicional. Una buena estudiante, una joven tímida a la que todo aquel que conoció quedó con la impresión de que era una chica dulce. En sus vacaciones en España conoció a un hombre llamado: Gustavo Romero Torres. La encandiló y engañó. Le bajó las estrellas, a ella y a otras chicas jóvenes que eran inocentes y muy enamoradizas. Era un hombre atractivo que no tenía dificultad para acceder a las chicas, alguien, discreto que se fijó en tu madre y con mucho tacto la enamoró.

La noche en la que acudió a la cita, fue...

—Diego, cuéntame. —Pidió Annelise, le daban ganas de llorar, pero estaba preparada para oír la historia de su madre.

—Fue violada y maltratada, pero logró escapar. No se sabe porque él no la mató, las otras no corrieron la misma suerte...

—¿Cómo supiste todo eso? —Preguntó con voz quebrada que mostraba lo que sentía. Era extraño, pero la presencia de la primera Annelise parecía acompañarlos en ese instante, como si hablará a través de Diego.

—Primero, consulté archivos de la biblioteca que habían quedado de aquella época. Para ver si hubo más casos similares, de chicas jóvenes que conocían a un hombre y cambiaban de repente, desaparecían o morían.

Después, logré encontrar a varias personas que conocían a nuestras madres. Inga y Lucía me ayudaron. Recopilando cada información que todos me dieron, poco a poco logré llegar hasta una mujer que por aquel entonces era niña, tan solo tenía cinco años.

Ella recordaba como si fuera ayer el suceso. Había presenciado lo que le había pasado a Annelise. Era muy pequeña y solía jugar cerca del sitio donde ocurrió, pues su casa es la que se encuentra justo al final de la localidad, donde no suele ir nadie. La pequeña recordaba su nombre porque él lo había repetido muchas veces durante...

El caso es que la joven Julia lo sabía. Gracias a ella comprendimos que ese hombre ha sido encarcelado unos años después de lo de tu madre, por agresión y asesinato a otra joven. No es de esa localidad, al parecer actuaba siempre en diferentes localidades, en pueblos pequeños y después se marchaba.

Annelise sintió cómo un peso bajaba de sus hombros y llorando abrazó a su pareja, mientras él le susurraba cosas lindas.

—Inga sabe dónde está su tumba, cuando quieras, podemos ir a Dinamarca y visitar ese sitio.

—¿Harías eso para mí? —Preguntó Annelise abriendo los ojos de par en par.

—Yo podría ir al infierno mismo por ti.

A continuación Diego la besó.

—Podría venir Juan, así se libra de esa nueva vecina a la que tanto odia. Al parecer la conoció

el año pasado en las convenciones de agricultores.

—No, a mí me gusta verlo así de enfadado. Es divertido.

Contestó Diego y ella volteó los ojos.

Se quedaron así abrazados un rato hasta que ella murmuró.

—Gracias, gracias por todo. Siento que, ahora estoy totalmente lista para pasar página y seguir adelante sin pensar en el pasado.

—Si es así, ¿podrías por favor, probar la sandía?

Le mostró Diego la bandeja que estaba sobre la cama.

Ella asintió extrañada. Agarró el trozo de sandía en forma de triángulo y justo al morder sintió algo duro, como metal. Miró el agujero formado en aquella fruta que formaba parte de su día a día y quedó fascinada al ver un anillo de compromiso del mismo diseño que su collar y pendientes

—Sé que tengo un carácter complicado, pero, ¿te gustaría mirar hacia adelante junto a mí?

Annelise chilló tirándose a sus brazos y mientras él la besaba por toda la cara, ella repetía una y otra vez: — ¡Sí!

—Diego, me colé por ti siendo mi insoportable jefe, ahora te entregaré mi corazón porque eres el hombre más maravilloso que conozco.

—Me enamoré de ti Annelise mientras eras una molestia, una muchacha que puso mi mundo al revés. Ahora pienso amarte eternamente porque eres la mujer de mi vida. Mi único deseo es hacerte feliz.

—Ya lo haces. Esto es solamente el inicio de toda una vida, junto a ti, el hombre que cambió el argumento de mi vida.

Diego la besó hambriento mientras el sol brillaba en lo alto, alumbrando aquel sitio que se encontraba a un par de kilómetros de Tierra Viva, el lugar donde se encontraron dos mitades que inconscientemente siempre se buscaron.

FIN

BIBLIOGRAFÍA

Estoy colada por mi insufrible jefe

SUEÑOS 2

SUEÑOS 1

Mi dulce sumisa

Mi nombre no es Aireen

Tormenta en Summerville (Serie Policiaca N°2)

Tú, mi destino

Lady Zoella (Serie mujeres empoderadas N°1)

Un ángel caído en mis brazos.

Te mereces ser feliz (Matrimonios forzados N°3)

El secreto de Serina (Serie Policiaca N°1)

El clan de las Pléyades

Casada con un insoportable escocés (Serie Matrimonios forzados N°2)

Mi media naranja

De vuelta a casa (Serie Matrimonios forzados N°1)

CRUELTY FREE

Delicias Turcas

Cásate y gánate una granja

Un verano inolvidable en Grecia

No sé si amarte u odiarte.

EN FORMATO PAPEL

De vuelta a casa

Casada con un insoportable escocés

Te mereces ser feliz

El Clan de las Pléyades

Próxima publicación

LA VENGANZA DE MEDUSA.

Elizabeth Betancourt es una colaboradora con diversas marcas, coach profesional y una escritora inagotable que ya tiene en el mercado de Amazon veinte obras para elegir. Entre sus éxitos están: Delicias Turcas y Un verano inolvidable en Grecia. Su próxima obra será: La venganza de Medusa.

Podéis encontrar más sobre la autora en su página de Facebook:
<https://www.facebook.com/E.Betancourt/>

Y en su cuenta personal de Instagram: Elizabethsuslibros